

*Pájaros en la boca*

SAMANTA SCHWEBLIN



LITERATURA RANDOM HOUSE

*Pájaros en la boca*

Schweblin, Samanta

Pájaros en la boca - 1ª ed. - Buenos Aires :

Literatura Random House, 2015.

144 p. ; 23x14 cm. (Literatura Random House)

ISBN 978-987-3650-92-5

1. Narrativa Argentina. I. Título

CDD A863

## Irman

Oliver manejaba. Yo tenía tanta sed que empezaba a sentirme mareado. El parador que encontramos estaba vacío. Era un bar amplio, como todo en el campo. Las mesas estaban llenas de migas y de botellas y parecía que un batallón hubiera almorzado hace un momento y todavía no hubieran hecho tiempo a limpiar. Elegimos un lugar junto a la ventana, cerca de un ventilador encendido del que no llegaban noticias. Necesitaba tomar algo con urgencia, se lo dije a Oliver. Él sacó un menú de otra mesa y leyó en voz alta las opciones que le parecieron interesantes. Un hombre apareció atrás de la cortina de plástico. Era muy petiso. Tenía un delantal atado a la cintura y un trapo rejilla oscuro de mugre le colgaba del brazo. Aunque parecía el mozo, se lo veía desorientado, daba la sensación de que alguien lo hubiera puesto ahí repentinamente y ahora él no supiera muy bien qué debía hacer. Caminó hasta nosotros. Saludamos; él asintió. Oliver pidió las bebidas y le hizo un chiste

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

IMPRESO EN LA ARGENTINA

*Queda hecho el depósito*

*que previene la ley 11.723.*

© 2015, Random House Mondadori S.A.

Humberto 1 555, Buenos Aires.

[www.megustaleer.com.ar](http://www.megustaleer.com.ar)

ISBN 978-987-3650-92-5

Esta edición de 5000 ejemplares  
se terminó de imprimir en Printing Books S.A.,  
Mario Bravo 835, Avellaneda, Buenos Aires,  
en el mes de septiembre de 2015.

sobre el calor, pero no logró que el tipo abriera la boca. Pensé que si elegíamos algo sencillo le hacíamos un favor, así que le pregunté si había algún plato del día, algo fresco y rápido, y él dijo que sí y se retiró, como si algo fresco y rápido fuese una opción del menú y no hubiese nada más que decir. Regresó a la cocina y vimos su cabeza aparecer y desaparecer en las ventanas que daban al mostrador. Miré a Oliver, sonreía; yo tenía demasiada sed para reírme. Pasó un rato, mucho más tiempo del que lleva elegir dos botellas frías de cualquier cosa y traerlas hasta la mesa, y al fin otra vez el hombre apareció. No traía nada, ni un vaso. Me sentí pésimo, pensé que si no tomaba algo ya mismo iba a volverme loco, ¿y qué le pasaba al tipo? ¿Cuál era la duda? Se paró junto a la mesa. Tenía gotas en la frente y aureolas en la remera, bajo las axilas. Hizo un gesto con la mano, confuso, como si fuera a dar alguna explicación, pero se interrumpió. Le pregunté qué pasaba, supongo que en un tono un poco violento. Entonces se volvió hacia la cocina, y después, esquivo, dijo:

—Es que no llego a la heladera.

Miré a Oliver. Oliver no pudo contener la risa y eso me puso de peor humor.

—¿Cómo que no llega a la heladera? ¿Y cómo mierda atiende a la gente?

—Es que... —se limpió la frente con el trapo. El tipo era un desastre— mi mujer es la que agarra las cosas de la heladera.

—¿Y...? —tuve ganas de pegarle.

—Que está en el piso. Se cayó y está...

—¿Cómo que en el piso? —lo interrumpió Oliver.

—Y, no sé. No sé —repitió levantando los hombros, las palmas de las manos hacia arriba.

—¿Dónde está? —dijo Oliver.

El tipo señaló la cocina. Yo solo quería algo fresco y ver a Oliver incorporarse acabó con todas mis esperanzas.

—¿Dónde?

El tipo señaló otra vez la cocina y Oliver se alejó en esa dirección, volviéndose una que otra vez hacia nosotros, como desconfiando. Fue extraño verlo desaparecer detrás de la cortina, quedarme solo, frente a frente con semejante imbécil.

Tuve que esquivarlo para poder pasar cuando Oliver me llamó desde la otra punta. Caminé despacio porque preví que algo estaba pasando. Corrí la cortina y me asomé. La cocina era chica y estaba repleta de cacerolas, sartenes, platos y cosas apiladas sobre estanterías o colgadas. Tirada en el suelo, a unos metros de la pared, la mujer parecía una bestia marina dejada por la marea. Aferraba en la mano izquierda un cucharón de plástico. La heladera colgaba más arriba, a la altura de las alacenas. Era una de esas heladeras de quiosco, de puertas transparentes que van sobre el piso y se abren desde arriba, solo que ésta había sido ridículamente amurada a la pared con

ménsulas, siguiendo la línea de las alacenas y con las puertas hacia el frente. Oliver me miraba.

—Bueno —le dije—, ya viniste hasta acá, ahora hacé algo.

Escuché que la cortina de plástico se movía y el hombre se paró junto a mí. Era mucho más petiso de lo que parecía. Creo que yo casi le llevaba tres cabezas. Oliver se había agachado junto al cuerpo pero no se animaba a tocarlo. Pensé que la gorda podía despertarse en cualquier momento y ponerse a gritar. Le corrió los pelos de la cara. Tenía los ojos cerrados.

—Ayúdenme a darla vuelta —dijo Oliver.

El tipo ni se movió. Me acerqué y me agaché del otro lado, pero apenas pudimos moverla.

—¿No va a ayudar? —le pregunté

—Me da impresión —dijo el desgraciado—, está muerta.

Soltamos inmediatamente a la gorda y nos quedamos mirándola.

—¿Cómo que muerta? ¿Por qué no dijo que estaba muerta?

—No estoy seguro, me da la impresión.

—Dijo que “le da impresión” —dijo Oliver—, no que “le da la impresión”.

—Me da impresión que me dé la impresión.

Oliver me miró, su cara decía algo así como “yo a este lo cago a trompadas”.

Me agaché y busqué el pulso en la mano del cucharón. Cuando Oliver se cansó de esperarme puso

sus dedos frente a la nariz y la boca de la mujer y dijo:

—Esta está muertísima. Vámonos.

Y entonces sí, el tipo se desesperó.

—¿Cómo irse? No, por favor. No puedo solo con ella.

Oliver abrió la heladera, sacó dos gaseosas, me dio una y salió de la cocina puteando. Lo seguí. Abrí mi botella y creí que el pico no iba a llegar nunca a mi boca. Me había olvidado de la sed que tenía.

—¿Y? ¿Qué te parece? —dijo Oliver. Respiré aliviado. De pronto me sentí con diez años menos y de mejor humor—, ¿se cayó o la bajó?

Todavía estábamos cerca del tipo y Oliver no bajaba la voz.

—No creo que haya sido él —dije en voz baja—, la necesita para llegar a la heladera, ¿o no?

—Llega solo...

—¿Realmente creés que la mató?

—Puede usar una escalera, subirse a la mesa, tiene cincuenta sillas de bar... —dijo señalando alrededor.

Me pareció que hablaba alto a propósito así que bajé más la voz:

—Quizá sí es un pobre tipo, uno realmente estúpido, y ahora se queda solo con la gorda muerta en la cocina.

—¿Querés que lo adoptemos? Lo cargamos atrás y lo soltamos cuando llegamos.

Tomé unos tragos más. El infeliz estaba parado frente a la gorda y sostenía en el aire un banco, sin saber muy bien dónde ponerlo. Oliver me hizo una seña para que saliéramos. En la sala nos metimos detrás del mostrador y, desde las ventanas que daban a la cocina, lo vimos dejar el banco a un lado, tomar un brazo de la gorda y empezar a tirar. No pudo moverla ni un centímetro. Descansó unos segundos y volvió a intentarlo. Probó apoyar el banco sobre una de las piernas, una de las patas tocando la rodilla. Se subió y se estiró lo más que pudo hacia la heladera. Ahora que le daba la altura, el banco quedaba demasiado lejos. Cuando giró hacia nosotros para bajar, nos escondimos y nos quedamos sentados en el suelo, contra la pared. Me sorprendió que no hubiera nada en el bajomesada del mostrador. Sí arriba en la repisa, y más arriba las coperas y las alacenas también estaban repletas, pero nada a la altura de nuestros ojos. Lo escuchamos mover el banco. Suspirar. Hubo silencio y esperamos. De pronto se asomó tras la cortina, sostenía un cuchillo con gesto amenazador. Nos vio sentados detrás del mostrador y, lejos de molestarse, suspiró aliviado.

—No alcanzo a la heladera —dijo.

Ni siquiera nos paramos.

—No alcanza a ningún lado —dijo Oliver.

El tipo se quedó mirándolo como si el mismísimo Dios se hubiera parado frente a él para hacerle saber la razón por la cual estamos en este

mundo. Dejó caer el cuchillo y recorrió con la mirada los bajomesadas vacíos. Oliver estaba satisfecho: el tipo parecía traspasar los horizontes de la estupidez.

—A ver, preparémos un omelet —dijo Oliver.

El hombre miró hacia la cocina. Su rostro imbecil de estupor reflejaba los utensilios, las cacerolas, casi toda la cocina colgando de las paredes o sobre las estanterías.

—Ok, mejor no —dijo Oliver—, haga unos simples sándwiches, seguro que eso sí puede hacerlo.

—No —dijo el tipo—, no alcanzo a la sandwichera.

—No lo tueste. Solo traiga el jamón, el queso y un pedazo de pan.

—No —dijo—, no —negaba con la cabeza, avergonzado.

—Ok. Un vaso de agua entonces.

Negó otra vez.

—¿Y cómo mierda sirvió a este regimiento? —dijo Oliver señalando las mesas.

—Necesito pensar.

—No necesita pensar, lo que necesita es un metro más de altura.

—No puedo sin ella...

Pensé en bajarle algo fresco, pensé que tomar algo le vendría bien, pero cuando intenté levantarme Oliver me detuvo.

—Tiene que hacerlo solo —dijo—, tiene que aprender.

—Oliver...

—Decime algo que sí puedas hacer, una cosa, algo.

—Llevo y traigo la comida que me dan, limpio las mesas...

—No parece —dijo Oliver.

—...Puedo mezclar las ensaladas y condimentarlas si ella me deja todo listo sobre la mesada. Lavo los platos, limpio el piso, sacudo los...

—Ok, ok. Ya entendí.

Entonces el tipo se quedó mirando a Oliver, sorprendido:

—Usted... —dijo—, usted sí llega a la heladera. Usted podría cocinar, alcanzarme las cosas...

—¿Qué dice? Nadie va a alcanzarle las cosas...

—Pero usted podría trabajar, tiene la altura —dio un paso tímido hacia Oliver, que a mí no me pareció prudente—, yo le pagaría.

—Este imbécil me está tomando el pelo, me está tomando el pelo.

—Tengo plata. ¿Cuatrocientos la semana? Puedo pagarle. ¿Quinientos?

—¿Paga quinientos la semana? ¿Por qué no tiene un palacio en el fondo? Este imbécil...

Me levanté y me paré detrás de Oliver: iba a pegarle en cualquier momento, creo que lo único que lo detenía era la altura del tipo. Lo vimos cerrar sus pequeños puños como compactando una masa

invisible que se reducía entre los dedos, los brazos comenzaron a temblarle, se puso morado.

—Mi plata no le incumbe —dijo.

Oliver volvió a hacer eso de mirarme cada vez que el otro le hablaba, como sin poder creer lo que ve. Parecía disfrutarlo, pero nadie lo conoce mejor que yo: nadie le dice a Oliver lo que debe hacer.

—Y por la camioneta que tiene —dijo el tipo mirando hacia la ruta—, por la camioneta que tiene se diría que manejo la plata mejor que usted.

—Hijo de puta —Oliver se abalanzó sobre él. Alcancé a sostenerlo. El tipo dio un paso atrás, sin miedo, con una dignidad que le daba un metro más de altura, y esperó a que Oliver se calmara.

—Ok —dijo Oliver—. Ok.

Lo solté. Se quedó mirándolo, furioso. Pero había algo más en su calma contenida, y entonces le dijo:

—¿Dónde está la plata?

Miré a Oliver sin entender.

—¿Va a robarme?

—Voy a hacer lo que se me cante el orto, pedazo de mierda.

—¿Qué hacés? —dije.

Oliver dio un paso, tomó al tipo de la camisa y lo levantó en el aire.

—¿Dónde está tu plata, a ver?

La fuerza con que Oliver lo había levantado lo hacía oscilar un poco hacia los lados. Pero él lo miraba directamente a los ojos, y no abría la boca.

—Ok —dijo Oliver—. O traés la plata o te rompo la cara.

Levantó el puño bien cerrado y lo dejó a un centímetro de la nariz del tipo.

—Está bien —dijo el otro.

Oliver lo soltó. El tipo cayó, se acomodó la camisa, dio un paso hacia atrás. Despacio, cruzó la barra en sentido contrario al de la cocina y desapareció por una puerta.

—Pedazo de imbécil —dijo Oliver.

Me acerqué a él para que no nos escuchara:

—¿Qué estás haciendo? Tiene a la mujer muerta en la cocina, vámonos.

—¿Viste lo que dijo de mi camioneta? El imbécil quiere contratarme, ser mi jefe, ¿entendés?

Oliver empezó a revisar las estanterías de la barra.

—Este imbécil debe tener su plata por acá.

—Vámonos —dije—. Ya te desquitaste.

Corrió algunas botellas, papeles sueltos, hasta que encontró una caja de madera. Era una caja vieja, con un grabado a mano que decía “habanos”.

—Esta es la caja —dijo Oliver.

—Ya váyanse —escuchamos.

El tipo estaba parado en el medio de la sala y sostenía una escopeta de doble caño que apuntaba directamente a la cabeza de Oliver. Oliver escondió tras de sí la caja. El tipo sacó el seguro del arma y dijo:

—Uno.

—Nos vamos —dije, tomé a Oliver del brazo y empecé a caminar—. Lo siento, realmente lo siento. Y siento lo de su mujer también, yo...

Tenía que hacer fuerza para que Oliver me siguiera, como las madres tiran de los chicos caprichosos.

—Dos.

Pasamos cerca de él, la escopeta a un metro de la cabeza de Oliver.

—Lo siento —repetí.

Ya estábamos cerca de la puerta. Hice salir primero a Oliver para que el tipo no viera que se llevaba la caja.

—Tres.

Solté a Oliver y corrí. No sé si él tuvo miedo o no, pero no corrió. Tuve que esperarlo un momento agarrado a la manija de mi puerta. Dejé la caja sobre el asiento, encendió el motor y salimos en la dirección en la que veníamos. La camioneta dio algunos saltos en la cuneta y al fin estábamos en la ruta. Nos alejamos en silencio. Miré a Oliver varias veces esperando alguna reacción a lo que acababa de pasar. Solo un rato después, sin quitar los ojos del camino, dijo:

—Abrila.

—Deberíamos...

—Abrila, maricón.

Tomé la caja. Era liviana y demasiado chica para contener una fortuna. Tenía una llave de fantasía, como de cofre. La abrí.



—¿Qué hay? ¿Cuánto? ¿Cuánto?

—Vos manejá —dije—, creo que solo son papeles.

Oliver se volvía cada tanto para espiar lo que yo revisaba. Había un nombre grabado en la contratapa de madera, decía “Irman”, y debajo había una foto del tipo muy joven, sentado sobre unas valijas en una terminal, parecía feliz. Me pregunté quién le habría sacado la foto. También había cartas encabezadas con su nombre: “Querido Irman”, “Irman, mi amor”, poesías firmadas por él, un caramelo de menta hecho polvo y una medalla de plástico al mejor poeta del año, con el logo de un club social.

—¿Hay plata sí o no?

—Son cartas —dije.

De un manotazo, Oliver me quitó la caja y la tiró por la ventanilla.

—¿Qué hacés? —me asomé un segundo para ver las cosas ya desparramadas sobre el asfalto, los papeles todavía en el aire, la medalla rebotando una o dos veces más, cada vez más lejos.

—Son cartas —dijo.

Y un rato después:

—Mirá... Tendríamos que haber parado acá. “Parrilla libre”, ¿leíste? ¿Qué costaba? —y se sacudió inquieto en el asiento, como si realmente lo lamentara.

## Mariposas

Ya vas a ver qué lindo vestido tiene hoy la mía, le dice Calderón a Gorriti, le queda tan bien con esos ojos almendrados, por el color, viste; y esos piecitos... Están junto al resto de los padres, esperan ansiosos la salida de sus hijos. Calderón habla, Gorriti mira las puertas todavía cerradas. Vas a ver, dice Calderón, quedate acá, hay que quedarse cerca porque ya salen. ¿Y el tuyo cómo va? El otro hace un gesto de dolor y se señala los dientes. No me digas, dice Calderón. ¿Y le hiciste el cuento de los ratones...? Ah, no, con la mía no se puede, es demasiado inteligente. Gorriti mira el reloj. En cualquier momento se abren las puertas y los chicos salen disparados, riendo a gritos en un tumulto de colores, a veces manchados de témpera, o de chocolate. Por alguna razón, el timbre se retrasa. Los padres esperan. Una mariposa se posa en el brazo de Calderón, que se apura a atraparla. La mariposa lucha por escapar, él une las alas y la sostiene de las

puntas. Aprieta fuerte para que no se le escape. Vas a ver cuando la vea, le dice a Gorriti sacudiéndola, le va a encantar. Pero aprieta tanto que empieza a sentir que las puntas se empastan. Desliza los dedos hacia abajo y comprueba que la ha marcado. La mariposa intenta soltarse, se sacude, y una de las alas se abre al medio como un papel. Calderón lo lamenta, cuando intenta inmovilizarla para ver bien los daños termina por quedarse con parte del ala pegada a uno de los dedos. Gorriti lo mira con asco y niega, le hace un gesto para que la tire. Calderón la suelta. La mariposa cae al piso. Se mueve con torpeza, intenta volar pero no puede. Al fin se queda quieta, sacude cada tanto una de sus alas, y ya no intenta nada más. Gorriti le dice que termine con eso de una vez y él, por el propio bien de la mariposa por supuesto, la pisa con firmeza. No alcanza a apartar el pie cuando advierte que algo extraño sucede. Mira hacia las puertas y, como si un viento repentino hubiese violado las cerraduras, éstas se abren, y cientos de mariposas de todos los colores y tamaños se abalanzan sobre los padres que esperan. Piensa si irán a atacarlo, tal vez piensa que va a morir. Los otros padres no parecen asustarse; las mariposas solo revolotean entre ellos. Una última cruza rezagada y se une al resto. Calderón se queda mirando las puertas abiertas, y tras los vidrios del hall central, las salas silenciosas. Algunos padres todavía se amontonan frente a las puertas y gritan

los nombres de sus hijos. Entonces las mariposas, todas ellas en pocos segundos, se alejan volando en distintas direcciones. Los padres intentan atraparlas. Calderón, en cambio, permanece inmóvil. No se anima a apartar el pie de la que ha matado, teme, quizá, reconocer en sus alas muertas los colores de la suya.

## Conservas

Pasa una semana, un mes, y vamos haciéndonos a la idea de que Teresita se adelantará a nuestros planes. Voy a tener que renunciar a la beca de estudios porque dentro de unos meses ya no va a ser fácil seguir. Quizá no por Teresita, sino por pura angustia, no puedo parar de comer y empiezo a engordar. Manuel me alcanza la comida al sillón, a la cama, al jardín. Todo organizado en la bandeja, limpio en la cocina, abastecido en la alacena, como si la culpa, o qué sé yo qué cosa, lo obligara a cumplir con lo que espero de él. Pero pierde sus energías y no parece muy feliz: regresa tarde a casa, no me hace compañía, le molesta hablar del tema.

Pasa otro mes. Mamá también se resigna, nos compra algunos regalos y nos los entrega —la conozco bien— con algo de tristeza. Dice:

—Este es un cambiador lavable con cierre de velcro... Estos son esarpines de puro algodón...

Esta es la toalla con capucha en piqué... —papá mira las cosas que nos van regalando y asiente.

—Ay, no sé... —digo yo, y no sé si me refiero al regalo o a Teresita—. La verdad es que no sé —le digo más tarde a mi suegra cuando cae con un juego de sabanitas de colores—, no sé —digo ya sin saber qué decir, y abrazo las sábanas y me largo a llorar.

El tercer mes me siento más triste todavía. Cada vez que me levanto me miro al espejo y me quedo así un rato. Mi cara, mis brazos, todo mi cuerpo, y por sobre todo la panza, están más hinchados. A veces llamo a Manuel y le pido que se pare a mi lado. A él en cambio lo veo más flaco. Parece distraído. Habla poco. Llega del trabajo y se sienta a mirar televisión sosteniéndose la cabeza. No es que me quiera menos. Sé que Manuel me adora y sé qué, como yo, no tiene nada en contra de nuestra Teresita, qué va a tener. Pero es que había tanto que hacer antes de su llegada.

A veces mamá pide acariciar la panza. Me siento en el sillón y ella con voz suave y cariñosa le dice cosas a Teresita. A la mamá de Manuel, en cambio, se le da por llamar a cada rato para saber cómo estoy, dónde estoy, qué estoy comiendo, cómo me siento, y todo lo que se le pueda ocurrir preguntar.

Tengo insomnio. Paso las noches despierta, en la cama. Miro el techo con las manos sobre la pequeña Teresita. No puedo pensar en nada más. No

puedo entender cómo en un mundo en el que ocurren cosas que todavía me parecen maravillosas —se puede alquilar un coche en un país y devolverlo en otro, descongelar del freezer un pescado fresco que murió hace treinta días, o pagar las cuentas sin moverse de casa— no pueda solucionarse un asunto tan trivial como un pequeño cambio en la organización de los hechos. Es que simplemente no me resigno.

Dejo la guía de la obra social y busco otras alternativas. Hablo con obstetras, con curanderos y hasta con un chamán. Alguien me da el número de una comadrona y hablo con ella por teléfono. A su manera, cada uno presenta soluciones conformistas o perversas que nada tienen que ver con lo que busco. Me cuesta hacerme a la idea de recibir a Teresita tan temprano, pero tampoco quiero lastimarla. Y entonces doy con el doctor Weisman.

El consultorio queda en el último piso de un edificio antiguo del centro. No tiene secretaria, ni sala de espera. Solo un pequeño hall de entrada y dos habitaciones. Weisman es muy amable, nos hace pasar y nos ofrece café. Durante la conversación se interesa en especial por el tipo de familia que formamos, por nuestros padres, por nuestro matrimonio, por las relaciones particulares entre cada uno de nosotros. Contestamos todo lo que pregunta. Weisman entrecruza los dedos y apoya las manos sobre el escritorio, parece conforme con

nuestro perfil. Nos cuenta algunas cosas sobre su trayectoria, el éxito de sus investigaciones y lo que nos puede ofrecer, pero entiende que no necesita convencernos, y pasa a explicarnos el tratamiento. Cada tanto miro a Manuel: escucha con atención, asiente, lo veo entusiasmado. El plan incluye cambios en la alimentación, en el sueño, ejercicios de respiración, medicamentos. Va a haber que hablar con mamá y papá, y con la madre de Manuel; el papel de ellos también es importante. Anoto todo en mi cuaderno, punto por punto.

—¿Y qué seguridad tenemos con este tratamiento? —pregunto.

—Tenemos lo que necesitamos para que todo salga bien —dice Weisman.

Al día siguiente Manuel se queda en casa. Nos sentamos en la mesa del living, rodeados de grillas y papeles, y empezamos a trabajar. Anotamos lo más fielmente posible cómo se han ido dando las cosas desde el momento en que sospechamos que Teresita se había adelantado. Citamos a nuestros padres y somos claros con ellos: el asunto está decidido, el tratamiento en marcha, y no hay nada que discutir. Cuando papá va a preguntar algo Manuel lo interrumpe:

—Tienen que hacer lo que les pedimos —dice. Entiendo lo que siente: nos tomamos esto en serio y esperamos lo mismo de los demás—, en la hora y al tiempo que corresponda.

Están preocupados y creo que no llegan a entender de qué se trata, pero se comprometen a seguir las instrucciones y cada uno vuelve a su casa con una lista.

Cuando concluyen los primeros diez días las cosas están un poco más aceitadas. Tomo mis tres pastillas diarias en horario y respeto cada sesión de “respiración consciente”. La respiración consciente es parte fundamental del tratamiento y es un método de relajación y concentración innovador, descubierto y enseñado por el mismo Weisman. En el jardín, sobre el césped, me centro en el contacto con “el vientre húmedo de la tierra”. Comienzo inhalando una vez y exhalando dos veces. Prolongo los tiempos hasta inspirar durante cinco segundos y exhalar en ocho. Tras varios días de ejercicio inhalo en diez y exhalo en quince. Así paso al segundo nivel de respiración consciente: empiezo a sentir la dirección de mis energías. Weisman dice que ese nivel va a tomarme algo más de tiempo, pero insiste en que el ejercicio está a mi alcance, en que tengo que seguir trabajando. Hay un momento en el que es posible visualizar la velocidad a la que la energía circula en el cuerpo. Se siente un cosquilleo suave que comienza por lo general en los labios, en las manos y en los pies. Hay que intentar aminorar el ritmo, lentamente. La meta es detenerlo por completo para, poco a poco, retomar la circulación en sentido contrario.

Manuel no puede ser muy cariñoso conmigo todavía. Tiene que ser fiel a las listas que hicimos y por lo tanto, hasta dentro de un mes y medio, mantenerse alejado, hablar solo lo necesario y volver tarde a casa algunas noches. Cumple su parte con esmero pero lo conozco: sé que secretamente está mejor, que se muere de ganas de abrazarme y decirme lo mucho que me extraña. Pero así hay que hacer las cosas por ahora; no podemos arriesgarnos a salirnos ni un segundo del guión.

Al mes sigo progresando en la respiración consciente. Ya casi siento que logro detener la energía. Weisman dice que no falta mucho, que apenas hay que esforzarse un poco más. Me aumenta la dosis de las pastillas. Empiezo a notar que la ansiedad disminuye y como un poco menos. Siguiendo el primer punto de su lista, la madre de Manuel hace su mejor esfuerzo y trata de, gradualmente —esto último es importante y se lo subrayamos repetidas veces—, gradualmente, decía, ir haciendo menos llamados a casa y bajar la ansiedad por hablar todo el tiempo sobre Teresita.

El segundo es, quizás, el mes de más cambios. Mi cuerpo no está tan hinchado, y para sorpresa y alegría de ambos, la panza empieza a disminuir. Este cambio tan notable alerta un poco a nuestros padres. Quizás es ahora cuando entienden, o intuyen, en qué consiste el tratamiento. La madre de Manuel, sobre todo, parece temer lo peor y, aunque

se esfuerza por mantenerse al margen y seguir su lista, siento su miedo y sus dudas y temo que esto afecte el tratamiento.

Duermo mejor a la noche, y ya no me siento tan deprimida. Le cuento a Weisman mis progresos en la respiración consciente. Él se entusiasma, sospecha que estoy a punto de lograr mi energía inversa: tan pero tan cerca que solo un velo me separa del objetivo.

Empieza el tercer mes, el penúltimo. Es el mes en el que más protagonismo van a tener nuestros padres; estamos ansiosos por ver que cumplan con su palabra y que todo salga a la perfección, y lo hacen, y lo hacen bien, y estamos agradecidos. La madre de Manuel llega a casa una tarde y reclama las sábanas de colores que había traído para Teresita. Quizá porque había pensado en este detalle durante mucho tiempo, me pide una bolsa para envolver el paquete. Es que así lo traje, dice, con bolsa, así que así se va, y nos guiña un ojo. Después les toca a mis padres. También vienen por sus regalos, los reclaman uno por uno: primero la toalla con capucha en piqué, después los escarpines de puro algodón, por último el cambiador lavable con cierre de velcro. Los envuelvo. Mamá pide acariciar por última vez la panza. Me siento en el sillón, ella se acomoda al lado mío, y habla con voz suave y cariñosa. Acaricia la panza y dice, esta es mi Teresita, cómo voy a extrañar a mi Teresita, y yo no digo nada, pero

sé que, si hubiera podido, si no hubiera tenido que limitarse a su lista, habría llorado.

Los días del último mes pasan rápido. Manuel ya puede acercarse más y la verdad es que su compañía me hace bien. Nos paramos frente al espejo y nos reímos. La sensación es todo lo contrario a lo que se siente al emprender un viaje. No es la alegría de partir, sino la de quedarse. Es agregarle un año más al mejor año de tu vida, y bajo las mismas condiciones. Es la oportunidad de seguir en continuado.

Estoy mucho menos hinchada. Eso alivia mis actividades y me levanta el ánimo. Hago mi última visita a Weisman.

—Se acerca el momento —dice él, y empuja sobre el escritorio, hacia mí, el frasco de conservación. Está helado, y así debe mantenerse, por eso traje la vianda térmica, como Weisman recomendó. Debo guardarlo en la heladera en cuanto llegue. Lo levanto: el agua es transparente pero espesa, como un frasco de almíbar incoloro.

Una mañana, durante una sesión de respiración consciente, logro pasar al último nivel: respiro lentamente, el cuerpo siente la humedad de la tierra y la energía que lo envuelve. Respiro una vez, otra vez, otra vez, y entonces todo se detiene. La energía parece materializarse a mi alrededor y podría precisar el momento exacto en el que, poco a poco, comienza a circular en sentido inverso. Es una sensación purificadora, rejuvenecedora, como

si el agua o el aire volviesen por sí mismos al lugar en el que, en un principio, estuvieron contenidos.

Entonces llega el día. Está marcado en el almanaque de la heladera, Manuel lo rodeó con un círculo rojo cuando volvimos del consultorio de Weisman por primera vez. No sé cuándo sucederá, estoy preocupada. Manuel está en casa. Estoy recostada en la cama. Lo escucho caminar de un lado a otro, intranquilo. Me toco la panza. Es una panza normal, una panza como la de cualquier mujer, quiero decir que no es una panza de embarazada. Al contrario, Weisman dice que el tratamiento fue muy intenso: estoy un poco anémica, y mucho más flaca que antes de que el asunto de Teresita empezara.

Espero toda la mañana y toda la tarde encerrada en mi cuarto. No quiero comer, ni salir, ni hablar. Manuel se asoma cada tanto y pregunta cómo estoy. Imagino que mamá debe estar trepándose por las paredes, pero saben que no pueden llamar ni pasar a verme.

Ahora hace rato que siento náuseas. El estómago me arde y late más fuerte, como si fuera a explotar. Tengo que avisarle a Manuel. Trato de incorporarme y no puedo, no me había dado cuenta de lo mareada que estaba. Tengo que avisarle a Manuel para que llame a Weisman. Por un momento logro levantarme, espero y vuelvo a dejarme caer de rodillas al piso. Pienso en la respiración consciente pero mi cabeza ya está en otra cosa. Tengo miedo.

Temo que algo pueda salir mal y lastimemos a Teresita. Quizá ella sepa lo que está pasando, quizá todo esto esté muy mal. Manuel entra a la habitación y corre hasta mí.

—Yo solo quiero dejarlo para más adelante... —le digo— no quiero que...

Quiero decirle que me deje acá tirada, que no importa, que corra a hablar con Weisman, que todo salió mal. Pero no puedo hablar. Me tiembla el cuerpo, no tengo control sobre él. Manuel se arroja junto a mí, me toma de las manos, me habla. No escucho lo que dice. Siento que voy a vomitar. Me tapo la boca. Él reacciona, me deja sola y corre hacia la cocina. No demora más que unos segundos: regresa con el vaso desinfectado y el envase plástico que dice "Dr. Weisman". Rompe la faja de seguridad del pico, vierte el contenido translúcido en el vaso. Otra vez siento ganas de vomitar, pero no puedo, no quiero: no todavía. Tengo una arcada, y otra, y otra. Arcadas más violentas que empiezan a dejarme sin aire. Por primera vez pienso en la posibilidad de la muerte. Pienso en eso un instante y ya no puedo respirar. Manuel me mira, no sabe qué hacer. Las arcadas se interrumpen y algo se me atormenta en la garganta. Cierro la boca y tomo a Manuel de la muñeca. Entonces siento algo pequeño, del tamaño de una almendra. Lo acomodo sobre la lengua, es frágil. Sé lo que tengo que hacer y no puedo hacerlo. Es una sensación inconfundible

que guardaré hasta dentro de algunos años. Miro a Manuel, parece aceptar el tiempo que necesito. Ella nos esperará, pienso. Ella estará bien, hasta el momento indicado. Entonces Manuel me acerca el vaso de conservación, y al fin, suavemente, la escupo.



## El cavador

Necesitaba descansar, así que alquilé una casona en un pueblo de la costa, lejos de la ciudad. Quedaba a quince kilómetros del pueblo, siguiendo el camino de ripio, hacia el mar. Estaba llegando cuando los pastizales me impidieron seguir en auto. Como el techo de la casa ya se veía a lo lejos, me animé a bajar, tomé lo imprescindible y seguí a pie. Oscurecía y, aunque no se veía el mar, podía escuchar las olas alcanzar la orilla. A pocos metros tropecé con algo.

—¿Es usted?

Retrocedí asustado.

—¿Es usted, don? —un hombre se incorporó con dificultad—. No desperdicié ni un solo día, eh... Se lo juro por mi mismísima madre...

Hablaba apurado; estiró las arrugas de la ropa y se acomodó el pelo.

—Pasa que justo anoche... Imagínese, don, que estando tan cerca no iba a dejar las cosas para el otro

día. Venga, venga —dijo, y se metió en un pozo que había entre los yuyales, a solo un paso de donde nos encontrábamos.

Me agaché y asomé la cabeza. El agujero medía más de un metro de diámetro y adentro no se alcanzaba a ver nada. ¿Para quién trabajaría un obrero que no reconocía ni a su propio capataz? ¿Qué andaría buscando para cavar tan profundo?

—Don, ¿baja?

—Creo que se equivoca.

—¿Qué?

Le dije que no bajaría y, como no contestó, me fui para la casa. Recién cuando llegué a las escaleras de entrada escuché un lejano muy bien, don, lo que usted diga.

A la mañana siguiente salí a buscar el equipaje que había dejado en el auto. Sentado en la galería de la casa, el hombre cabeceaba vencido por el sueño y sujetaba entre las rodillas una pala oxidada. Al verme la dejó y se apresuró a alcanzarme. Caminó en silencio detrás de mí. Esperó a que yo bajara todo del coche y cargó lo más pesado. Preguntó si los paquetes eran parte del plan.

—Primero necesito organizarme —dije y, al llegar a la puerta, le quité lo que cargaba para evitar que entrara a la casa.

—Sí, sí, don. Como usted diga.

Entré y cerré. Desde las ventanas de la cocina vi la playa. Apenas había algunas olas, el mar estaba ideal

para nadar. Crucé la cocina y espí por la ventana del frente: el hombre seguía ahí. De a ratos miraba hacia el pozo y de a ratos estudiaba el cielo. Cuando salí, corrigió la postura y me saludó respetuoso.

—¿Qué hacemos, don?

Me di cuenta de que un gesto mío hubiera bastado para que el hombre se echara a correr hacia el pozo y se pusiera a cavar. Miré hacia los pastizales.

—¿Cuánto cree usted que falte?

—Poco, don, muy poco...

—¿Cuánto es poco para usted?

—Poco... no sabría decirle.

—¿Cree que pueda terminar esta noche?

—No puedo asegurarle nada... usted sabe: esto no depende solo de mí.

—Bueno, si tanto quiere hacerlo, hágalo.

—Delo por hecho, don.

Vi al hombre tomar la pala, bajar los escalones de la casa hasta el pastizal y perderse en el pozo.

Más tarde fui al pueblo. Era una mañana de sol y quería comprar un short de baño para aprovechar el mar; a fin de cuentas, no tenía por qué preocuparme por un hombre que cavaba un pozo en una casa que no me pertenecía. Entré a la única tienda que encontré abierta. Cuando el empleado estaba envolviendo mi compra, preguntó:

—¿Y cómo va su cavador?

Me quedé unos segundos en silencio, esperando quizá que algún otro contestara.

—¿Mi cavador?

Me alcanzó la bolsa. Le extendí el dinero y miré al hombre, extrañado; antes de irme no pude evitar preguntarle:

—¿Cómo sabe del cavador?

—¿Que cómo sé del cavador? —dijo, como si no me comprendiese.

Volví a la casa y el cavador, que esperaba dormido en la galería, se despertó en cuanto abrí la puerta.

—Don —dijo poniéndose de pie—, hubo grandes avances, puede que estemos cada vez más cerca...

—Pienso bajar a la playa antes de que oscurezca.

No recuerdo por qué me había parecido una buena idea decírselo. Pero ahí estaba él, feliz por el comentario y dispuesto a acompañarme. Esperó afuera a que me cambiara y un poco más tarde caminábamos hacia el mar.

—¿No hay problema en que deje el pozo? —pregunté.

El cavador se detuvo.

—¿Prefiere que vuelva?

—No, no, le pregunto.

—Es que cualquier cosa que pase... —amagó con regresar— sería terrible, don.

—¿Terrible? ¿Qué puede pasar?

—Hay que seguir cavando.

—¿Por qué?

Miró el cielo, primero hacia un lado, luego hacia el otro.

—Bueno, no se preocupe —continué caminando—, venga conmigo —el cavador me siguió, indeciso.

Ya en la playa, a pocos metros del mar, me senté para sacarme los zapatos y las medias. El hombre se sentó junto a mí, dejó a un lado la pala y se quitó las botas.

—¿Sabe nadar? —pregunté— ¿Por qué no me acompaña?

—No, don. Yo lo miro, si le parece. Y traje la pala, por si se le ocurre un nuevo plan.

Me incorporé y caminé hacia el mar. El agua estaba fría, pero sabía que el hombre me miraba y no quería echarme atrás.

Cuando regresé, el cavador ya no estaba.

Con un sentimiento de fatalidad busqué posibles huellas hacia el agua, por si acaso había seguido mi sugerencia. No encontré nada y decidí volver. Revisé el pozo y los alrededores. En la casa, recorrí las habitaciones con desconfianza. Me detuve en los descansos de la escalera, lo llamé en voz alta desde los pasillos, algo avergonzado. Más tarde salí. Caminé hasta el pozo, me asomé y lo llamé otra vez. No se veía nada. Me acosté boca abajo en el suelo, metí la mano y tanteé las paredes: se trataba de un trabajo prolijo, de aproximadamente un metro de diámetro, que se hundía hacia el centro de la tierra.

Pensé en la posibilidad de meterme, pero enseguida la deseché. Entonces apoyé una mano para levantarme, y los bordes se quebraron. Me aferré a los pastizales y, paralizado, oí el ruido de la tierra cayendo en la oscuridad. Mis rodillas resbalaron en el borde y vi cómo la boca del pozo se desmoronaba y se perdía en su interior. Me puse de pie y observé el desastre. Miré con miedo a mi alrededor, el cavador no se veía por ningún lado. Se me ocurrió que podría arreglar los bordes con un poco de tierra húmeda, aunque necesitaría una pala y algo de agua.

Volví a la casa. Abrí los placares, revisé dos cuartos traseros a los que nunca había entrado, busqué en el lavadero. Al fin, en una caja junto a otras herramientas viejas, encontré una pala de jardinería. Era pequeña, pero serviría para empezar. Cuando salí de la casa, me encontré frente a frente con el cavador. Escondí la pala detrás de mi cuerpo.

—Lo estaba buscando, don. Tenemos un problema.

Por primera vez, el cavador me miraba con desconfianza.

—Diga —dije.

—Alguien más ha estado cavando.

—¿Alguien más? ¿Está seguro?

—Conozco el trabajo. Alguien ha estado cavando.

—¿Y usted dónde estaba?

—Afilaba la pala.

—Bueno —dije, tratando de ser terminante—, usted cave cuanto pueda y no vuelva a dispersarse. Yo vigilo los alrededores.

Vaciló. Se alejó algunos pasos pero al fin se detuvo y me miró. Distráido, yo había dejado caer mi brazo y la pala colgaba junto a mis piernas.

—¿Va a cavar, don?

Instintivamente oculté la pala. Él parecía no reconocer en mí al hombre que yo había sido para él hasta un momento antes.

—¿Va a cavar? —insistió.

—Lo ayudo. Usted cava un rato y yo sigo cuando se cansa.

—El pozo es suyo —dijo—, usted no puede cavar.

Entonces el cavador levantó la pala y, mirándome a los ojos, volvió a clavarla en la tierra.

## Papá Noel duerme en casa

La Navidad en que Papá Noel pasó la noche en casa fue la última vez que estuvimos todos juntos, después de esa noche papá y mamá terminaron de pelearse, pero no creo que Papá Noel haya tenido nada que ver con eso. Papá había vendido su auto unos meses antes porque había perdido el trabajo, y aunque mamá no estuvo de acuerdo, él dijo que un buen árbol de Navidad era importante esa vez, y compró uno de todas formas. Venía en una caja de cartón, larga y plana, y traía una hoja que explicaba cómo encajar las tres partes y abrir las ramas de forma que se viera natural. Armado era más alto que papá, era inmenso, y yo creo que por eso ese año Papá Noel durmió en nuestra casa. Yo había pedido de regalo un coche a control remoto. Cualquiera me venía bien, no quería uno en particular. El problema era que casi todos los chicos tenían uno y cuando jugábamos en el patio los autos a control remoto se dedicaban a estrellarse contra los autos

comunes, como el mío. Así que había escrito mi carta y papá me había llevado hasta el correo para enviarla. Y le dijo al tipo de la ventanilla:

—Se la enviamos a Papá Noel —y le pasó el sobre.

El tipo de la ventanilla ni saludó, porque había mucha gente y se ve que ya estaba cansado de tanto trabajo; la época navideña debe ser la peor para ellos. Tomó la carta, la miró y dijo:

—Falta el código postal.

—Pero es para Papá Noel —dijo papá, sonrió y le guiñó un ojo, se ve que para hacerse amigo, y el tipo dijo:

—Sin código postal no sale.

—Usted sabe que la dirección de Papá Noel no tiene código postal —dijo papá.

—Sin código postal no sale —dijo el tipo, y llamó al siguiente.

Y entonces papá trepó el mostrador, agarró al tipo del cuello de la camisa y la carta salió.

Por eso yo estaba preocupado ese día, porque no sabía si la carta le había llegado o no a Papá Noel. Además no podíamos contar con mamá desde hacía casi dos meses, y eso también me preocupaba, porque la que siempre estaba en todo era mamá, y con ella las cosas salían bien, hasta que dejó de preocuparse, así nomás, de un día para el otro. La vieron algunos médicos, papá siempre la acompañaba y yo me quedaba en la casa de Marcela, que es nues-

tra vecina. Mamá no mejoró. Dejó de haber ropa limpia, leche y cereales a la mañana, papá llegaba tarde a los lugares a los que debía llevarme, y después llegaba otra vez tarde para pasarme a buscar. Cuando pedí explicaciones papá dijo que mamá no estaba enferma ni tenía cáncer ni se iba a morir. Que bien podría haber pasado algo así pero él no era un hombre de tanta suerte. Marcela me explicó que mamá simplemente había dejado de creer en las cosas, que eso era estar “deprimido”, y te quitaba las ganas de todo, y tardaba en irse. Mamá no iba más a trabajar ni se juntaba con amigas ni hablaba por teléfono con la abuela. Se sentaba con su bata frente al televisor, y hacía zapping toda la mañana, toda la tarde y toda la noche. Yo era el encargado de darle de comer. Marcela dejaba comida hecha en el freezer con las porciones marcadas. Había que combinarlas. No podía, por ejemplo, darle todo el pastel de papas y después toda la tarta de verdura. La descongelaba en el microondas y se la alcanzaba en una bandeja, con el vaso de agua y los cubiertos. Mamá decía:

—Gracias mi amor, no tomes frío —lo decía sin mirarme, sin perder de vista lo que sucedía en el televisor.

A la salida del colegio me agarraba de la mano de la mamá de Augusto, que era hermosa. Eso funcionaba cuando venía a buscarme papá, pero después, cuando empezó a venir Marcela, a ninguna

de las dos parecía gustarle eso, así que esperaba solo debajo del árbol de la esquina. Viniera quien viniera a buscarme, siempre llegaban tarde.

Marcela y papá se hicieron muy amigos, y algunas noches papá se quedaba con ella en la casa de al lado, jugando al póquer, y a mamá y a mí nos costaba dormirnos sin él en la casa. Nos cruzábamos en el baño y entonces mamá decía:

—Cuidado mi amor, no tomes frío —y volvía frente al televisor.

Muchas tardes Marcela estaba en casa, cocinaba para nosotros y ordenaba un poco. No sé por qué lo hacía. Supongo que papá le pediría ayuda y como ella era su amiga se sentía en la obligación, porque la verdad es que no se la veía muy contenta. Un par de veces le apagó el televisor a mamá, se sentó frente a ella y le dijo:

—Irene, tenemos que hablar, esto no puede seguir así...

Le decía que tenía que cambiar de actitud, que así no llegaría a ningún lado, que ella ya no podía seguir ocupándose de todo, que tenía que reaccionar y tomar una decisión, o terminaría por arruinarnos la vida. Pero mamá nunca contestaba. Y al final Marcela terminaba yéndose con un portazo, y esa noche papá pedía pizza porque no había nada para cenar, y a mí la pizza me encanta.

Yo le había dicho a Augusto que mamá había dejado de “creer en las cosas”, y que entonces estaba “de-

primida”, y él quiso venir a ver cómo era. Hicimos algo muy feo que a veces me avergüenza: saltamos frente a ella un rato, mamá apenas movía la cabeza cuando le tapábamos el televisor; después le hicimos un sombrero con papel de diario, se lo probamos de distintas maneras y se lo dejamos puesto toda la tarde, ella ni se movió. Le quité el sombrero antes de que llegara papá. Estaba seguro de que mamá no iba a decirle nada, pero me sentía mal de todos modos.

Después llegó Navidad. Marcela hizo su pollo al horno con verduras horribles y como era una noche especial me preparó además papas fritas. Papá le pidió a mamá que dejara el sillón y cenara con nosotros. La movió cuidadosamente hasta la mesa —Marcela la había preparado con un mantel rojo, velas verdes y los platos que usamos para las visitas—, la sentó en una de las cabeceras y se alejó unos pasos hacia atrás, sin dejar de mirarla, supongo que pensó que podía funcionar, pero en cuanto él estuvo lo suficientemente lejos ella se levantó y volvió a su sillón. Así que mudamos las cosas a la mesa ratona del living y comimos ahí con ella. La tele estaba prendida, por supuesto, y el noticiero mostraba una nota sobre un sitio de gente pobre que había recibido regalos y comida de gente de más plata y ahora estaban muy contentos. Yo estaba nervioso y miraba todo el tiempo el árbol de Navidad porque ya iban a ser las doce y quería mi auto. Entonces mamá señaló el televisor. Fue como

ver moverse un mueble. Papá y Marcela se miraron. En la tele Papá Noel estaba sentado en su living, con una mano abrazaba a un chico sentado sobre sus piernas y con la otra a una mujer parecida a la mamá de Augusto. La mujer se inclinaba y besaba a Papá Noel y Papá Noel te miraba y decía:

—...y cuando vuelvo a casa solo quiero estar con mi familia —y un logo de café se agrandaba en la pantalla.

Mamá se puso a llorar. Marcela me tomó de la mano y me dijo que subiera al cuarto. Yo me negué. Volvió a decírmelo, esta vez con el tono impaciente con el que le habla a mamá, pero nada iba a alejarme esa noche del árbol. Cuando Papá quiso apagar el televisor mamá empezó a luchar con él para alejarlo del botón de encendido. Sonó el timbre y yo dije:

—Es Papá Noel.

Marcela me dio una cachetada y papá le gritó. Empezaron a pelear. Y aunque mamá aprovechó para encender de nuevo el televisor, Papá Noel ya no estaba en ningún canal.

El timbre volvió a sonar y papá dijo:

—¿Quién mierda es?

Pensé que ojalá que no fuese el del correo porque papá ya estaba de mal humor y yo no quería que volvieran a pelear.

El timbre sonó muchas veces seguidas, y entonces papá se cansó, fue hasta la puerta, la abrió, y

vio que era Papá Noel. No era tan gordo como en televisión y se lo veía cansado, no podía mantenerse de pie y se apoyaba un momento de un lado de la puerta, otro momento del otro.

—¿Qué quiere? —dijo papá.

—Soy Papá Noel —dijo Papá Noel.

—Y yo soy Blanca Nieves —dijo papá y le cerró la puerta.

Entonces mamá se levantó, corrió hasta la puerta, la abrió y Papá Noel todavía estaba ahí, tratando de sostenerse, y lo abrazó. A papá le agarró un ataque:

—¿Éste es el tipo, Irene? —le gritó a mamá, y empezó a decir malas palabras y a tratar de separarlos. Y mamá le dijo a Papá Noel:

—Bruno, no puedo vivir sin vos, me estoy muriendo.

Papá logró separarlos y le dio a Papá Noel una trompada y Papá Noel cayó para atrás y quedó seco sobre la entrada. Mamá empezó a gritar como loca. Yo estaba triste por lo que le estaba pasando a Papá Noel, y porque todo esto atrasaba lo del auto, aunque por otro lado me alegraba ver a mamá otra vez en movimiento.

Papá le dijo a mamá que iba a matarlos a los dos y mamá le dijo que si él era tan feliz con su amiga por qué ella no podía ser amiga de Papá Noel, cosa que a mí me pareció lógica. Marcela se acercó a ayudar a Papá Noel, que empezaba a moverse en



el piso, y le dio una mano para que se levantara. Y entonces papá volvió a decirle de todo y mamá volvió a gritar. Marcela decía cálmense, entremos, por favor, pero nadie la escuchaba. Papá Noel se llevó la mano a la nuca y vio que le sangraba. Escupió a papá y papá le dijo:

—Maricón de mierda.

Y mamá le dijo a papá:

—Maricón serás vos, hijo de puta —y también lo escupió. Le dio a Papá Noel la mano, lo hizo entrar a la casa, se lo llevó a su cuarto y se encerró.

Papá se quedó como congelado, y en cuanto reaccionó se dio cuenta de que yo todavía seguía ahí y me mandó furioso a la cama. Sabía que no estaba en condiciones de discutir; me fui al cuarto sin Navidad y sin regalo. Esperé acostado a que todo quedara en silencio, mirando nadar en las paredes el reflejo de los peces de plástico de mi velador. No tendría mi auto a control remoto, eso era clarísimo, pero Papá Noel dormía en casa esa noche y eso me aseguraba un año mejor.

## Pájaros en la boca

Apagué el televisor y miré por la ventana. El auto de Silvia estaba estacionado frente a la casa, con las balizas puestas. Pensé si había alguna posibilidad real de no atender, pero el timbre volvió a sonar: ella sabía que yo estaba en casa. Fui hasta la puerta y abrí.

—Silvia.

—Hola —dijo ella, y entró sin que yo alcanzara a decir nada—. Tenemos que hablar.

Señaló el sillón y obedecí, porque a veces, cuando el pasado toca a la puerta y me trata como hace cuatro años, sigo siendo un imbécil.

—No va a gustarte. Es... es fuerte —miró su reloj—. Es sobre Sara.

—Siempre es sobre Sara.

—Vas a decir que exagero, que soy una loca, todo ese asunto. Pero hoy no hay tiempo. Te venís a casa ahora mismo, esto tenés que verlo con tus propios ojos.

—¿Qué pasa?

—Además le dije a Sara que ibas a ir, así que te espera.

Nos quedamos en silencio un momento. Pensé en cuál sería el próximo paso, hasta que Silvia frunció el ceño, se levantó y fue hasta la puerta. Tomé mi abrigo y salí tras ella.

Por fuera la casa se veía como siempre, con el césped recién cortado y las azaleas de Silvia colgando de los balcones del primer piso. Cada uno bajó de su auto y entramos sin hablar. Sara estaba en el sillón. Aunque por ese año ya había terminado las clases, llevaba puesto el jumper de la secundaria, que le quedaba como a esas colegialas porno de las revistas. Estaba sentada con la espalda recta, las rodillas juntas y las manos sobre las rodillas, concentrada en algún punto de la ventana o del jardín, una postura que me recordaba a esos ejercicios de yoga de la madre. Siempre había sido más bien pálida y flaca, y ahora en cambio se la veía rebosante de salud. Sus piernas y sus brazos parecían más fuertes, como si hubiera estado haciendo ejercicio unos cuantos meses. El pelo le brillaba y tenía un leve rosado en los cachetes. Cuando me vio entrar sonrió y dijo:

—Hola, papá.

Aunque mi nena era realmente una dulzura, dos palabras alcanzaban para entender que algo estaba

mal en esa chica, algo seguramente relacionado con la madre. A veces pienso que quizá debí habérmela llevado conmigo, pero casi siempre pienso que no. A unos metros del televisor, junto a la ventana, había una jaula. Era una jaula para pájaros —de unos setenta, ochenta centímetros—; colgaba del techo, vacía.

—¿Qué es eso?

—Una jaula —dijo Sara, y sonrió.

Silvia me hizo una seña para que la siguiera a la cocina. Fuimos hasta el ventanal y ella se volvió para verificar que Sara no nos escuchara. Seguía erguida en el sillón, mirando hacia la calle, como si nunca hubiéramos llegado. Silvia me habló en voz baja.

—Mirá, vas a tener que tomarte esto con calma.

—Déjame de joder. ¿Qué pasa?

—La tengo sin comer desde ayer.

—¿Me estás cargando?

—Para que lo veas con tus propios ojos.

—Ahá... ¿estás loca?

Dijo que regresáramos al living y me señaló el sillón. Me senté frente a Sara. Silvia salió de la casa y la vimos cruzar el ventanal y entrar al garaje.

—¿Qué le pasa a tu madre?

Sara levantó los hombros, dando a entender que no lo sabía. Su pelo negro y lacio estaba atado en una cola de caballo, con un flequillo que le llegaba casi hasta los ojos. Silvia volvió con una caja de

zapatos. La traía derecha, con ambas manos, como si se tratara de algo delicado. Fue hasta la jaula, la abrió, sacó de la caja un gorrión muy pequeño, del tamaño de una pelota de golf, lo metió dentro de la jaula y la cerró. Tiró la caja al piso y la hizo a un lado de una patada, junto a otras nueve o diez cajas similares que se iban sumando bajo el escritorio. Entonces Sara se levantó, su cola de caballo brilló a un lado y otro de su nuca, y fue hasta la jaula dando un salto paso de por medio, como hacen las chicas que tienen cinco años menos que ella. De espaldas a nosotros, poniéndose en puntas de pie, abrió la jaula y sacó el pájaro. No pude ver qué hizo. El pájaro chilló y ella forcejeó un momento, quizá porque el pájaro intentó escaparse. Silvia se tapó la boca con la mano. Cuando Sara se volvió hacia nosotros el pájaro ya no estaba. Tenía la boca, la nariz, el mentón y las dos manos manchados de sangre. Sonrió avergonzada, su boca gigante se arqueó y se abrió, y sus dientes rojos me obligaron a levantarme de un salto. Corrí hasta el baño, me encerré y vomité en el inodoro. Pensé que Silvia me seguiría y empezaría con las culpas y las directivas desde el otro lado de la puerta, pero no lo hizo. Me lavé la boca y la cara, y me quedé escuchando frente al espejo. Bajaron algo pesado del piso de arriba. Abrieron y cerraron algunas veces la puerta de entrada. Sara preguntó si podía llevar con ella la foto de la repisa. Silvia contestó que sí, su voz ya estaba lejos. Salí

del baño tratando de no hacer ruido y me asomé al pasillo. La puerta principal estaba abierta de par en par. Silvia cargaba la jaula en el asiento trasero de mi coche. Di unos pasos, con la intención de salir de la casa gritándoles unas cuantas cosas, pero Sara salió de la cocina hacia la calle y me detuve en seco para que no me viera. Se dieron un abrazo. Silvia la besó y la metió en el asiento del acompañante. Esperé a que volviera y cerrara la puerta.

—¿Qué mierda...?

—Te la llevás —fue hasta el escritorio y empezó a aplastar y doblar las cajas vacías.

—¡Dios santo, Silvia, tu hija come pájaros!

—No puedo más.

—¡Come pájaros! ¿La hiciste ver? ¿Qué mierda hace con los huesos?

Silvia se quedó mirándome, desconcertada.

—Supongo que los traga también. No sé si los pájaros... —dijo, y se quedó mirándome.

—No puedo llevármela.

—Si se queda me mato. Me mato yo y antes la mato a ella.

—¡Come pájaros!

Silvia fue hasta el baño y se encerró. Miré hacia afuera, a través del ventanal. Sara me saludó alegremente desde el auto. Traté de serenarme. Pensé en cosas que me ayudaran a dar algunos pasos torpes hacia la puerta, rezando por que ese tiempo alcanzara para volver a ser un ser humano común

y corriente, un tipo pulcro y organizado capaz de quedarse diez minutos de pie en el supermercado frente a la góndola de enlatados, corroborando que las arvejas que se está llevando son las más adecuadas. Pensé en cosas como que si se sabe de personas que comen personas entonces comer pájaros vivos no estaba tan mal. También que desde un punto de vista naturista es más sano que la droga, y desde el social más fácil de ocultar que un embarazo a los trece. Pero creo que hasta la manija del coche seguí repitiéndome *come pájaros, come pájaros, come pájaros*, y así.

Llevé a Sara a casa. No dijo nada en el viaje y cuando llegamos bajó sola sus cosas. Su jaula, su valija —que habían guardado en el baúl—, y cuatro cajas de zapatos como la que Silvia había traído del garaje. No pude ayudarla con nada. Abrí la puerta y ahí esperé a que ella fuera y viniera con todo. Después de indicarle que podía usar el cuarto de arriba, y de darle unos minutos para que se instalara, la hice bajar y sentarse frente a mí en la mesa del comedor. Preparé dos cafés. Sara hizo a un lado su taza y dijo que no tomaba infusiones.

—Comés pájaros, Sara —dije.

—Sí, papá.

Se mordió los labios, avergonzada, y dijo:

—Vos también.

—Comés pájaros vivos, Sara.

—Sí, papá.

Me acordé de Sara a los cinco años, sentada a la mesa con nosotros, devorando fanáticamente una calabaza, y pensé que encontraríamos la forma de resolver este problema. Pero cuando la Sara que tenía frente a mí volvió a sonreír, y me pregunté qué se sentiría tragar algo caliente y en movimiento, algo lleno de plumas y patas en la boca, me tapé con la mano, como hacía Silvia, y la dejé sola frente a los dos cafés, intactos.

Pasaron tres días. Sara estaba casi todo el tiempo en el living, erguida en el sillón con las rodillas juntas y las manos sobre las rodillas. Yo salía temprano al trabajo y me aguantaba las horas consultando en Internet infinitas combinaciones de las palabras “pájaro”, “crudo”, “cura”, “adopción”, sabiendo que ella seguía sentada ahí, mirando hacia el jardín durante horas. Cuando entraba a la casa, alrededor de las siete, y la veía tal cual la había imaginado durante todo el día, se me erizaban los pelos de la nuca y me daban ganas de salir y dejarla encerrada dentro con llave, herméticamente encerrada, como esos insectos que cazaba de chico y guardaba en frascos de vidrio hasta que el aire se acababa. ¿Podría hacerlo? De chico, una vez, vi en el circo a una mujer barbuda que se llevaba ratones a la boca. Los retenía un rato, con la cola moviéndosele entre los labios cerrados, mientras caminaba frente al público sonriendo y dirigía los

ojos hacia arriba, como si eso le diera un gran placer. Ahora pensaba en esa mujer casi todas las noches, dando vueltas en la cama sin poder dormir, considerando la posibilidad de internar a Sara en un centro psiquiátrico. Quizá podría visitarla una o dos veces por semana. Podríamos turnarnos con Silvia. Pensé en esos casos en que los médicos sugieren cierto aislamiento del paciente, alejarlo de la familia por unos meses. Quizás era una buena opción para todos, pero no estaba seguro de que Sara pudiera sobrevivir en un lugar así. O sí. En cualquier caso, su madre no lo permitiría. O sí. No podía decidirme.

Al cuarto día Silvia vino a vernos. Trajo cinco cajas de zapatos que dejó junto a la puerta de entrada, del lado de adentro. Ninguno de los dos dijo nada al respecto. Preguntó por Sara y le señalé el cuarto de arriba. Después bajó, sola. Le ofrecí café. Lo tomamos en el living, en silencio. Estaba pálida y a veces las manos le temblaban y hacía tintinear la taza sobre el plato. Cada uno sabía lo que pensaba el otro. Yo podía decir “esto es culpa tuya, esto es lo que lograste”, y ella podía decir algo absurdo como “esto pasa porque nunca le prestaste atención”. Pero la verdad es que ya estábamos muy cansados.

—Yo me encargo de esto —dijo Silvia antes de salir, señalando las cajas de zapatos. No dije nada, aunque se lo agradecí profundamente.

En el supermercado la gente cargaba sus changos de cereales, dulces, verduras, carnes y lácteos. Yo me limitaba a mis enlatados y hacía la cola en silencio. Iba dos o tres veces por semana. A veces, sin nada que comprar, pasaba de todas formas antes de regresar a casa. Tomaba un chango y recorría las góndolas pensando en qué es lo que podía estar olvidándome. A la noche mirábamos juntos la televisión. Sara erguida, sentada en su esquina del sillón, yo en la otra punta, espiándola cada tanto para ver si seguía la programación o ya estaba de nuevo con los ojos clavados en el jardín. Yo preparaba comida para dos y la llevaba al living en dos bandejas. Dejaba la de Sara frente a ella, y ahí quedaba. Ella esperaba a que yo empezara a comer y entonces decía:

—Permiso, papá.

Se levantaba, subía a su cuarto y cerraba la puerta con delicadeza. La primera vez bajé el volumen del televisor y esperé en silencio. Se escuchó un chillido agudo y corto. Unos segundos después las canillas del baño y el agua corriendo. A veces bajaba unos minutos después, perfectamente peinada y serena. Otras veces se duchaba y bajaba directamente en pijama.

Sara no quería salir. Estudiando su comportamiento pensé que quizá sufría algún principio de agorafobia. A veces sacaba una silla al jardín e intentaba convencerla de salir un rato. Pero era inútil.

Conservaba, sin embargo, una piel radiante de energía, y se la veía cada vez más hermosa, como si se pasara el día haciendo ejercicios bajo el sol. Cada tanto, haciendo mis cosas, encontraba una pluma. En el piso junto a la puerta del comedor, detrás de la lata de café, entre los cubiertos, todavía húmeda en la pileta del baño. Las recogía, cuidando de que ella no me viera haciéndolo, y las tiraba por el inodoro. A veces me quedaba mirando cómo se iban con el agua. A veces el inodoro volvía a llenarse, el agua se aquietaba de nuevo, y yo todavía seguía ahí mirando, pensando en si sería necesario regresar al supermercado, en si se justificaba llenar los changos de tanta basura, pensando en Sara, en qué es lo que habría en el jardín.

Una tarde Silvia llamó para avisar que estaba en cama, con una gripe feroz. Dijo que no podía visitarnos. Me preguntó si me arreglaría sin ella y entendí que *no poder visitarnos* significaba que *no podría traer más cajas*. Le pregunté si tenía fiebre, si la había visto un médico, y cuando la tuve lo suficientemente ocupada en sus respuestas dije que tenía que cortar y corté. El teléfono volvió a sonar, pero no atendí. Miramos televisión. Traje mi comida y Sara no se levantó para ir a su cuarto. Se concentró en el jardín hasta que terminé de comer, y solo entonces regresó al programa de televisión.

Al día siguiente, antes de regresar a casa, pasé por el supermercado. Puse algunas cosas en mi chango, lo de siempre. Paseé entre las góndolas como si hiciera un reconocimiento del súper por primera vez. Me detuve en la sección de mascotas, donde había comida para perros, gatos, conejos, pájaros y peces. Levanté algunos alimentos para ver de qué se trataban. Leí con qué estaban hechos, las calorías que aportaban y las medidas que se recomendaban para cada raza, peso y edad. Después fui a la sección de jardinería, donde solo había plantas con o sin flor, macetas y tierra, así que volví a la sección mascotas y me quedé ahí pensando en qué iba a hacer después. La gente llenaba sus changos y se movía esquivándome. Anunciaron en los altoparlantes la promoción de lácteos por el Día de la Madre y pasaron un tema melódico sobre un tipo que estaba lleno de mujeres pero extrañaba a su primer amor, hasta que finalmente empujé el chango y regresé a la sección de enlatados.

Esa noche Sara tardó en dormirse. Mi cuarto estaba bajo el suyo y la escuché en el techo caminar nerviosa, acostarse y levantarse varias veces. Me pregunté en qué condiciones estaría el cuarto, no había subido desde que ella había llegado; quizás el sitio era un verdadero desastre, un corral lleno de mugre y plumas.

La tercera noche después del llamado de Silvia, antes de volver a casa, me detuve a ver las jaulas de

pájaros que colgaban de los toldos de una veterinaria. Ninguno se parecía al gorrión que había visto en la casa de Silvia. Eran de colores, y en general un poco más grandes. Estuve ahí un rato, hasta que un vendedor se acercó a preguntarme si estaba interesado en algún pájaro. Dije que no, que de ninguna manera, que solo estaba mirando. Se quedó cerca, moviendo cajas, mirando hacia la calle, después entendió que realmente no compraría nada y regresó al mostrador.

En casa Sara esperaba en el sillón, erguida en su ejercicio de yoga. Nos saludamos.

—Hola, Sara.

—Hola, papá.

Estaba perdiendo sus cachetes rosados y ya no se la veía tan bien como en los días anteriores. Preparé mi comida, me senté en el sillón y encendí el televisor. Después de un rato Sara dijo:

—Papi...

Tragué lo que estaba masticando y bajé el volumen, dudando de que realmente me hubiera hablado, pero ahí estaba, con las rodillas juntas y las manos sobre las rodillas, mirándome.

—¿Qué? —dije.

—¿Me querés?

Hice un gesto con la mano, acompañado de un asentimiento. Todo en su conjunto significaba que sí, que por supuesto. ¿Era mi hija, no? Y aun así, por las dudas, pensando sobre todo en lo que mi ex mujer hubiera considerado “lo correcto”, dije:

—Sí, mi amor. Claro.

Y entonces Sara sonrió, una vez más, y miró el jardín durante el resto del programa.

Volvimos a dormir mal, ella paseando de un lado al otro de la habitación, yo dando vueltas en mi cama hasta que me quedé dormido. A la mañana siguiente llamé a Silvia. Era sábado, pero no atendía el teléfono. Llamé más tarde, y cerca del mediodía también. Dejé un mensaje. Sara estuvo toda la mañana sentada en el sillón, mirando hacia el jardín. Tenía el pelo un poco desarreglado y ya no se sentaba tan erguida, parecía muy cansada. Le pregunté si estaba bien y dijo:

—Sí, papá.

—¿Por qué no salís un poco al jardín?

—No, papá.

Pensando en la conversación de la noche anterior se me ocurrió que podría preguntarle si me quería, aunque enseguida me pareció una estupidez. Volví a llamar a Silvia. Dejé otro mensaje. En voz baja, cuidando de que Sara no me escuchara, dije en el contestador:

—Es urgente, por favor.

Esperamos sentados cada uno en su sillón, con el televisor encendido. Unas horas más tarde Sara dijo:

—Permiso, papá.

Se encerró en su cuarto. Apagué el televisor para escuchar mejor: Sara no hizo ningún ruido.

Decidí que llamaría a Silvia una vez más. Levanté el tubo y, cuando escuché el tono, corté. Fui con el auto hasta la veterinaria, busqué al vendedor y le dije que necesitaba un pájaro chico, el más chico que tuviera. El vendedor abrió un catálogo de fotografías y dijo que los precios y la alimentación variaban de una especie a la otra.

—¿Le gustan los exóticos o prefiere algo más hogareño?

Golpeé la mesada con la palma de la mano. Algunas cosas saltaron sobre el mostrador y el vendedor se quedó en silencio, mirándome. Señalé un pájaro chico, oscuro, que se movía nervioso de un lado a otro de su jaula. Me cobraron ciento veinte pesos y me lo entregaron en una caja cuadrada de cartón verde, con pequeños orificios calados alrededor, una bolsa gratis de alpiste que no acepté y un folleto del criadero con la foto del pájaro en el frente.

Cuando volví Sara seguía encerrada. Por primera vez desde que ella estaba en casa, subí y entré al cuarto. Estaba sentada en la cama frente a la ventana abierta. Me miró. Ninguno de los dos dijo nada. Se la veía tan pálida que parecía enferma. El cuarto estaba limpio y ordenado, la puerta del baño entornada. Había unas veinte cajas de zapatos sobre el escritorio, desarmadas —de modo que no ocuparan tanto espacio— y apiladas prolijamente unas sobre otras. La jaula colgaba vacía cerca de la ventana.

En la mesita de luz, junto al velador, el portarretrato que se había llevado de la casa de su madre. El pájaro se movió y sus patas se escucharon sobre el cartón, pero Sara permaneció inmóvil. Dejé la caja sobre el escritorio y, sin decir nada, salí del cuarto y cerré la puerta. Entonces me di cuenta de que no me sentía bien. Me apoyé en la pared para descansar un momento. Miré el folleto del criadero, que todavía llevaba en la mano. En el reverso había información acerca del cuidado del pájaro y sus ciclos de procreación. Resaltaban la necesidad de la especie de estar en pareja en los períodos cálidos y las cosas que podían hacerse para que los años de cautiverio fueran lo más amenos posible. Escuché un chillido breve, y después la canilla de la pileta del baño. Cuando el agua empezó a correr me sentí un poco mejor y supe que, de alguna forma, me las ingeniaría para bajar las escaleras.



## Última vuelta

Julia me sonríe desde el otro caballo. Cuando el animal sube, las luces le iluminan el pelo; cuando baja, ella se toma del mástil y se arquea hacia atrás, sin dejar de mirarme. Somos indias hermosas. En la calesita, montamos nuestros caballos hasta el infinito, huimos de terribles amenazas y rescatamos de la muerte a animales en peligro. Si algo sale mal, si necesitamos duplicar nuestras fuerzas, chocamos los rubíes de nuestros anillos y una energía cósmica nos da superpoderes. Julia estira hacia mí su mano y yo la tomo de los dedos, apenas alcanzamos a mantenernos agarradas. Pregunta si la quiero. Digo que sí. Pregunta si vamos a vivir juntas para siempre. Le digo que sí. Pregunta si algún día tendremos un castillo, si va a ser inmenso y si las indias viven en castillos así, inmensos. Le digo que sí, que por supuesto, que eso es lo que hacen las indias hermosas. Mamá está entre la gente que espera en el banco. La busco pero no la veo. Me abrazo a la

crin dorada de mi caballo. Julia me imita y esperamos a mamá para saludarla. La calesita gira y mamá sigue sin aparecer. Dos hermanos nos miran desde uno de los bancos. Hay más gente también, otros chicos con sus padres esperando el turno en la boletería. Cuando completamos otra vuelta el menor de los hermanos nos señala. Están sentados junto a una mujer muy vieja, que también nos mira. Tiene un chal plateado, el pelo blanco y la piel oscura; parece cansada. Dónde está mamá, dice Julia. Busco a mamá. El boletero que sacude la llave no es el hombre de siempre. El carrusel se detiene, tenemos que bajar. Los hermanos dejan su banco y vienen hacia nuestros caballos. De todos los que hay, ellos quieren estos, y vamos a tener que dárselos. Julia se aferra a su caballo, mira a los chicos que ya suben. Hay que bajar, digo. Me mira asustada, quieren nuestros caballos, dice, los rubíes, choquemos los rubíes, dice estirando su mano hacia mí. Pienso en darle el gusto pero los hermanos se trepan y me preocupa no ver a mamá. El mayor se acerca y le da dos palmadas al morro de mi caballo. El otro le hace un gesto a Julia para que se baje. Ella tiene los cachetes inflados y colorados, parece que está por llorar. Acaricio la piel cálida, fuerte, de mi caballo. Apenas alcanzo a bajar y siento al chico tomar con fuerza la montura y subirse. Trata al caballo como a un animal de guerra, taconeando y grita. La calesita empieza a moverse y descubro que Julia ya no está

en su caballo, ni cerca de mí. Tengo que bajar pero no la encuentro. Tampoco a mamá. La abuela de los hermanos camina hacia mí y me hace un gesto para ayudarme a saltar. Sus manos me dan miedo. Me toma de los dedos. Está helada y es tan flaca que es como si le tocara los huesos. La calesita sigue girando. Me tiro y tropezamos. Caigo al piso de tierra y creo que ella cae conmigo. Trato de levantarme pero no puedo. Algo pasa. Siento un dolor profundo, en todo el cuerpo, algo que se comprime, o se aplasta, algo muy delicado. Los brazos y las piernas tardan en responderme, se mueven lento, ya no soportan su propio peso. Siento frío y, con esfuerzo, apenas logro girar para volverme hacia la calesita. Entonces los hermanos aparecen por la derecha, dos soldados erguidos sobre los corceles. Cuando el mayor me ve me señala asustado y enseguida empiezan a bajar. Algunos padres se acercan y me ayudan a incorporarme. Les cuesta levantarme, me mueven con cuidado. Entre varios me acompañan hasta un banco. El mayor de los hermanos me acaricia el pelo y acomoda sobre mis hombros un chal, el menor se sienta a mi lado y me mira asustado. Descubro el anillo, el rubí brillante en mi piel vieja y oscura, y me quedo así, inmóvil, los dedos sobre los huesos de las rodillas, atenta al movimiento de los caballos vacíos. Que suben y bajan. Suben y bajan. Y detrás, infinitas, las praderas verdes que me separan del castillo.

## El hombre sirena

Estoy sentada en el bar del puerto, esperando a Daniel, cuando veo al hombre sirena mirarme desde el muelle. Está sobre la primera columna de hormigón, donde el agua todavía no llega a la playa, a unos cincuenta metros. Tardo en reconocerlo, en entender qué es exactamente, tan hombre de la cintura para arriba, tan sirena de la cintura para abajo. Mira hacia un lado, después tranquilamente hacia el otro, y al fin vuelve a mirar hacia acá. Mi primer impulso es pararme, pero sé que el Tano, el dueño del bar, es amigo de Daniel, y me vigila desde la barra. Disimulo buscando entre las cosas de la mesa la cuenta del café. El Tano se acerca para ver que todo esté bien, insiste en que Daniel ya debe estar por llegar, que debo esperar. Le digo que se quede tranquilo, que enseguida vuelvo. Dejo cinco pesos sobre la mesa, tomo mi cartera y salgo. No tengo un plan para el hombre sirena, simplemente dejo el bar y camino en su dirección. Contra la idea

que se tiene de las sirenas, hermosas y bronceadas, éste no solo es del otro sexo sino que es bastante pálido. Pero macizo, musculoso. Cuando me ve se cruza de brazos —las manos bajo las axilas, los pulgares hacia arriba—, y sonrío. Me parece un gesto demasiado canchero para un hombre sirena y me arrepiento de estar caminando hacia él con tanta seguridad, con tantas ganas de hablarle, y me siento estúpida. Él espera a que yo me acerque —ya es tarde para volver— y entonces dice:

—Hola.

Me detengo.

—¿Qué hace una morocha tan sola, en el muelle?

—Pensé que quizá... —no sé qué decir. Dejo caer la cartera, la sostengo con ambas manos, colgando frente a mis rodillas—, pensé que quizá necesitaba algo, como usted...

—Tuteame, preciosa —dice, y me tiende la mano en un gesto que me invita a subir.

Miro sus piernas o, mejor dicho, su cola brillante que cuelga sobre el hormigón. Le paso la cartera. La toma, la deja junto a él. Trabo un pie contra el muelle y tomo la mano que vuelve a ofrecerme. Tiene la piel helada, como pescado de congelador. Pero el sol está alto y fuerte, y el cielo es de un azul intenso, y el aire huele a limpio, y para cuando me acomodo junto a él siento que la frescura de su cuerpo me llena de una felicidad vital. Me da vergüenza y me suelto. No sé qué

hacer con las manos. Sonrío. Él se arregla el pelo —tiene un jopo muy a lo americano— y pregunta si traigo cigarrillos. Digo que no fumo. Tiene la piel lisa, ni un solo pelo en todo el cuerpo, y llena de pequeñas aureolas de polvillo blanco, apenas visibles, quizá formadas por la sal del mar. Ve que lo miro y se las sacude un poco de los brazos. Tiene los abdominales marcados, nunca vi una panza así.

—Podés tocarme —dice, acariciándose los abdominales—; no hay así en el centro, ¿o sí?

Acerco una mano, él se adelanta, la aprisiona entre la suya y sus abdominales también helados. Me tiene así algunos segundos, y después dice:

—Contame de vos —y me suelta con suavidad—. ¿Cómo va todo?

—Mamá está enferma, los médicos no creen que aguante mucho más.

Miramos juntos el mar.

—Qué mal... —dice él.

—Pero ese no es el problema —digo—, el que me preocupa es Daniel. Daniel está mal y eso no ayuda.

—¿Le cuesta asumir lo de su madre?

Asiento.

—¿Son dos hermanos?

—Sí.

—Al menos pueden dividirse las cosas. Yo soy hijo único y mi madre es muy absorbente.

—Somos dos pero lo hace todo él. Yo necesito estar descansada, no puedo permitirme emociones fuertes. Tengo un problema, acá, en el corazón; yo creo que es del corazón. Así que mantengo distancia. Por mi salud...

—¿Y dónde está Daniel ahora?

—Es impuntual. Está todo el día corriendo de acá para allá. Tiene un gran problema con la organización de sus tiempos.

—¿De qué signo es? ¿Piscis?

—Tauro.

—¡Uff! Qué signo.

—Tengo pastillas de menta —digo—, ¿quierés?

Dice que sí y me pasa la cartera, que quedó de su lado.

—Está todo el día pensando de dónde va a sacar dinero para pagar esto, de dónde para lo otro. Todo el tiempo queriendo saber qué estoy haciendo, dónde voy a estar, con quién...

—¿Vive con tu madre?

—No. Mamá es como yo, somos mujeres independientes y necesitamos nuestro espacio. Él considera que es peligroso que yo viva sola. Así nomás me lo dice: “Yo creo que es peligroso que una chica *como vos* viva sola”. Quiere pagarle a una mujer para que esté todo el día detrás mío. Por supuesto que nunca acepté.

Le paso una pastilla y tomo otra para mí.

—¿Vivís por acá?

—Me alquila una casita a unas cuadras: cree que este barrio es mucho más seguro. Y se hace amigos por acá, habla con los vecinos, con el Tano, quiere saber todo, controlar todo, es realmente insostenible.

—Mi padre era así.

—Sí, pero él no es papá. Papá está muerto, ¿por qué tengo que soportar un papá-hermano si papá está muerto?

—Bueno, quizá solo intenta cuidarte.

Me río sarcásticamente, en realidad, el comentario casi arruina mi humor, y creo que él alcanza a darse cuenta.

—No, no. No se trata de cuidarme, es más complicado de lo que pensás.

Se queda mirándome. Tiene ojos celestes, muy claros.

—Contame.

—Ah, no. Creeme, no vale la pena: es un día hermoso.

—Por favor.

Une las palmas de las manos, y me ruega con una mueca graciosa, como un ángel a punto de llorar. A veces, cuando me habla, la aleta plateada se ondula un poco en las puntas y me roza los tobillos. Aunque son ásperas, las escamas no me lastiman, es una sensación agradable. Yo no digo nada, y las aletas se acercan cada vez más.

—Contame...

—Es que mamá... Ella no solo está enferma: la verdad es que la pobre está totalmente loca...

Suspiro y miro el cielo. El cielo celeste, absoluto. Después nos miramos. Por primera vez reparo en sus labios. ¿Serán también helados? Me toma de las manos, las besa y dice:

—¿Creés que podríamos salir? Vos y yo, un día de estos... Podríamos ir a cenar, o al cine, me encanta el cine.

Le doy un beso y siento el frío de su boca despertar cada célula de mi cuerpo, como una bebida helada en pleno verano. No es solo una sensación, es una experiencia reveladora, porque siento que ya nada puede ser igual. Aunque no puedo decirle que lo amo: no todavía, debe pasar más tiempo, debemos hacer las cosas paso a paso. Primero él al cine, después yo al fondo del mar. Pero la decisión está tomada, es irrevocable. Yo, que toda la vida creí que se vive por un único amor, encontré al mío en el muelle, junto al mar, y me toma ahora francamente de la mano, y me mira con sus ojos transparentes, y me dice:

—No sufras más, morocha, ya nadie va a hacerte daño.

Una bocina suena a lo lejos, desde la calle. La identifico enseguida: es el auto de Daniel. Miro por sobre el hombro de mi hombre sirena. Daniel baja apurado y va directo hacia el bar. No parece haberme visto.

—Ahora vuelvo —digo.

Me abraza, vuelve a besarme; “Te espero”, dice, me presta su brazo como soga para que pueda bajar más cómoda y me alcanza la cartera.

Corro hasta el bar. Daniel está hablando con el Tano y me ve.

—¿Dónde estabas? Quedamos en tu casa, no en el bar.

No es cierto, pero no le digo nada, eso no importa ahora.

—Necesito hablarte —digo.

—Vamos al auto, hablamos en el auto.

Me toma del brazo, con delicadeza, pero con esa actitud paternal que tanto me enerva, y salimos. El auto está a unos metros, pero me detengo.

—Soltame.

Me suelta pero sigue hacia el auto y abre la puerta.

—Vamos, es tarde. El médico va a matarnos.

—No voy a ningún lado, Daniel.

Daniel se detiene.

—Voy a quedarme acá —digo—, con el hombre sirena.

Se queda mirándome un momento. Me doy vuelta hacia el mar. Él, hermoso y plateado sobre el muelle, levanta su brazo para saludarnos. Y aun así, Daniel entra al auto y abre la puerta de mi lado. Entonces no sé qué hacer, y cuando no sé qué hacer, el mundo me parece un lugar terrible

para alguien como yo, y me siento muy triste. Por eso pienso: es solo un hombre sirena, es solo un hombre sirena, mientras subo al auto y trato de tranquilizarme. Puede estar ahí otra vez mañana, esperándome.

## La furia de las pestes

Gismondi se extrañó de que los chicos y los perros no corrieran hacia él para recibirlo. Intranquilo, miró hacia el llano donde, ya mínimo, se alejaba el coche que regresaría por él al otro día. Llevaba años visitando sitios de frontera, comunidades pobres que sumaba al registro poblacional y a las que retribuía con alimentos. Pero por primera vez, frente a ese pequeño pueblo que se hundía en el valle, Gismondi percibió una quietud absoluta. Vio las casas, pocas. Tres o cuatro figuras inmóviles y algunos perros echados sobre la tierra. Avanzó bajo el sol de mediodía. Cargaba en sus hombros dos grandes bolsos que, al resbalar, le lastimaban los brazos y lo obligaban a detenerse. Un perro alzó la cabeza para verlo llegar, sin levantarse del piso. Las construcciones, una extraña mezcla de barro, ladrillo y chapa, se sucedían sin orden alguno, dejando hacia el centro una calle vacía. Parecía deshabitada, pero podía adivinar a los pobladores detrás

de las ventanas y las puertas. No se movían, no lo espiaban, solo estaban ahí y Gismondi vio, junto a una puerta, a un hombre sentado; apoyada en una columna, la espalda de un niño; la cola de un perro saliendo del interior de una casa. Mareado por el calor dejó caer los bolsos y se limpió con la mano el sudor de la frente. Contempló las construcciones. No había nadie con quien hablar así que eligió una casa sin puerta y pidió permiso antes de asomarse. Adentro, un hombre viejo miraba el cielo a través de un agujero del techo de chapa.

—Disculpe —dijo Gismondi.

Al otro lado de la habitación, dos mujeres estaban enfrentadas ante una mesa y, más atrás, sobre un catre viejo, dos chicos y un perro dormitaban apoyados unos en otros.

—Disculpe... —repitió.

El hombre no se movió. Cuando Gismondi se acostumbró a la oscuridad, descubrió que una de las mujeres, la más joven, lo miraba.

—Buenos días —dijo, recuperando el ánimo—, trabajo para el gobierno y... ¿con quién puedo hablar? —Gismondi se inclinó levemente hacia delante.

La mujer no contestó, su expresión era indiferente. Gismondi se sujetó a la pared que enmarcaba la puerta, se sentía mareado.

—Debe conocer a alguien... un referente. ¿Sabe con quién tengo que hablar?

—¿Hablar? —dijo la mujer con una voz seca, cansada.

Gismondi no contestó, temía descubrir que ella nunca había pronunciado una palabra y que el calor del mediodía lo afectaba. La mujer pareció perder el interés y dejó de mirarlo. Gismondi pensó que podía estimar la población y completar el registro a su criterio, ningún agente se tomaría la molestia de corroborar los datos de ese sitio; pero, de cualquier manera, el coche que pasaría por él no iba a regresar hasta el día siguiente. Se acercó a los chicos, al menos podría hacerlos hablar a ellos. El perro, que descansaba el morro sobre la pierna de uno de ellos, ni siquiera se movió. Gismondi saludó. Solo uno de los chicos, lento, le hizo un gesto mínimo con los labios, casi una sonrisa. Sus pies colgaban del catre descalzos pero limpios, como si nunca hubiesen tocado el suelo. Gismondi se agachó y rozó con su mano uno de los pies. No supo qué lo llevó a hacer eso, quizá solo necesitaba saber que el chico era capaz de moverse, que estaba vivo. El chico lo miró asustado. Gismondi se incorporó. También él, de pie en medio de la habitación, miró al chico con miedo. No era ese rostro lo que temía, ni el silencio, ni la quietud. Entonces vio el polvo, en las repisas y en las mesadas vacías. Se acercó al único recipiente que había a la vista, lo levantó y vació el contenido sobre la mesa. Permaneció absorto unos segundos. Después, acarició el polvo desparrama-



do sin entender lo que estaba viendo. Revisó los cajones y los estantes. Abrió latas, cajas, botellas. No había nada. Nada para comer ni para beber. Solo algún utensilio inútil. Vestigios de jarros que alguna vez habrían contenido algo. Sin mirar a los chicos, como si hablara solo para él, preguntó si tenían hambre. Nadie contestó.

—¿Sed? —un escalofrío le hizo temblar la voz.

Lo escuchaban, aunque no parecían entender. Gismondi abandonó la habitación, salió a la calle, corrió hasta los bolsos y cargó con ellos de regreso. Se detuvo frente a los chicos, agitado. Vacío la carga sobre la mesa. Tomó una bolsa al azar, la abrió con los dientes y dejó caer un puñado de azúcar sobre su palma. Los chicos miraron cómo se agachaba junto a ellos y les ofrecía algo de su mano. Pero ninguno pareció entender. Fue cuando Gismondi sintió una presencia, percibió, quizá por primera vez en el valle, la brisa de un movimiento. Se incorporó y miró hacia los lados. Algo de azúcar cayó al piso. La mujer estaba de pie y lo observaba desde el umbral de la puerta. No era la mirada que había mantenido hasta entonces, no miraba una escena ni un paisaje, lo miraba a él.

—¿Qué quiere? —dijo.

Era, como todas las otras, una voz somnolienta, pero estaba cargada de una autoridad que lo sorprendió. Uno de los chicos había abandonado la cama y ahora contemplaba la mano repleta de azú-

car. La mujer miró los paquetes desparramados y se volvió con furia hacia él. El perro se incorporó y rodeó intranquilo la mesa. Por las puertas y por las ventanas comenzaban a asomarse hombres y mujeres, cabezas que se sumaban tras cabezas, un tumulto que crecía. Otros perros se acercaron. Gismondi miró el azúcar en su mano. Esta vez, al fin, todos concentraban su atención en él. Apenas vio al chico, su mano pequeña, los dedos húmedos acariciar el azúcar, los ojos fascinados, cierto movimiento de los labios que parecían recordar el sabor dulce. Cuando el chico se llevó los dedos a la boca, todos se paralizaron. Gismondi retrajo la mano. Vio en los que lo miraban una expresión que, al principio, no alcanzó a entender. Entonces sintió, profunda en el estómago, la herida tajante. Cayó de rodillas. Había dejado que se desparramara el azúcar, y el recuerdo del hambre crecía sobre el valle con la furia de las pestes.

## La medida de las cosas

De Enrique Duvel sabía que era rico por herencia y que, aunque a veces se lo veía con alguna mujer, todavía vivía con la madre. Los domingos daba vueltas a la plaza en su auto descapotable, concentrado en sí mismo, sin mirar ni saludar a ningún vecino, y así desaparecía hasta el fin de semana siguiente. Yo tenía la juguetería que había heredado de mi padre, y un día lo sorprendí en la calle, mirando con recelo la vidriera de mi negocio. Se lo comenté a Mirta, mi mujer, que dijo que quizá yo lo había confundido con otra persona. Pero después ella misma lo vio. Se detenía algunas tardes frente a la juguetería y miraba la vidriera un rato. La primera vez que entró lo hizo sin la menor convicción, como avergonzado y no muy seguro de lo que buscaba. Se acercó hasta el mostrador y revisó desde ahí las estanterías. Esperé a que hablara. Jugó un momento con el llavero del auto y al fin pidió el modelo de un avión a escala para armar. Le pre-

gunté si quería que se lo envolviera para regalo, pero dijo que no.

Regresó varios días después. Miró otro buen rato la vidriera y pidió el modelo que le seguía. Le pregunté si los coleccionaba, pero dijo que no.

En visitas sucesivas compró coches, barcos y trenes. Pasaba casi todas las semanas y siempre se llevaba algo. Hasta que una noche, cuando yo cerraba las persianas del negocio, lo encontré afuera, solo frente a la vidriera. Serían alrededor de las nueve y ya no había casi gente en la calle. Me costó reconocerlo, entender que ese hombre que temblaba, con la cara roja y los ojos llorosos, podía de todas formas ser Enrique Duvel. Parecía asustado. No vi su auto y por un momento pensé que quizá lo habían asaltado.

—¿Duvel? ¿Está bien?

Hizo un gesto confuso.

—Es mejor si me quedo acá —dijo.

—¿Acá? ¿Y su madre? —Me arrepentí de mi pregunta, temí haberlo ofendido.

—Se encerró en la casa con todas las llaves. Dice que no quiere volver a verme.

Nos quedamos un momento viéndonos, sin saber muy bien qué hacer el uno con el otro.

—Mejor si me quedo acá —repitió.

Pensé que Mirta no iba a estar de acuerdo, pero le debía a ese hombre casi el veinte por ciento de mis ganancias mensuales y no podía echarlo.

—Es que acá, Duvel... acá no hay dónde dormir.

—Le pago la noche —dijo. Revisó sus bolsillos— acá no traigo plata... Pero puedo trabajar, seguro hay algo que yo pueda hacer.

Aunque sabía que no era una buena decisión, lo hice pasar. Entramos a oscuras. Cuando encendí las luces las vidrieras le iluminaron los ojos. Algo me decía que Duvel no dormiría en toda la noche y temí dejarlo solo. Entre las góndolas había una gran pila de cajas que no había llegado a ordenar. Encargárselas podía ser un problema, pero lo mantendrían ocupado.

—¿Podría ordenar las cajas?

Asintió.

—Yo expongo todo mañana, solo hay que separar los artículos por rubro —me acerqué a la mercadería y él me siguió—. Los rompecabezas con los rompecabezas, por ejemplo. Se fija dónde están y lo acomoda todo junto, ahí, detrás de los estantes. Y si...

—Entiendo perfectamente —me interrumpió Duvel.

Al día siguiente llegué a la juguetería unos minutos antes. Las persianas estaban levantadas, y las luces que ya no hacían falta, apagadas. Solo cuando estuve adentro me di cuenta de que la decisión de dejar a Duvel solo había sido un tremendo error.

Nada estaba en su lugar. Si en ese mismo instante un cliente entraba y pedía el muñeco de un superhéroe determinado, encontrar el pedido podría haberme llevado toda la mañana. Había reordenado la juguetería cromáticamente: modeladores de plastilina, juegos de cartas, bebés gateadores, carritos con pedales, todo estaba mezclado. Sobre las vidrieras, en las góndolas, en las repisas: los matices de colores se extendían de un extremo a otro del negocio. Siempre recordaré en esa imagen el principio del desastre. Estaba decidido a pedirle que se fuera, totalmente decidido, cuando noté que una mujer y sus hijos miraban el interior del local como si algo maravilloso, que yo no alcanzaba a ver, estuviera moviéndose entre las góndolas. Era el horario de entrada escolar, a esa hora toda la cuadra se llenaba de chicos y padres que iban o volvían apurados. Sin poder evitar detenerse frente a la vidriera, muchos se fueron sumando. Antes del mediodía el local estaba lleno: nunca se vendió tanto como esa mañana. Era difícil localizar los pedidos, pero Duvel resultó tener excelente memoria y bastaba con que yo nombrara el artículo para que él asintiera y corriera en su búsqueda.

—Llámeme por mi nombre —me dijo ese día— si le parece...

Los colores, ordenados por su gama, destacaban los artículos que nunca antes habían llamado la atención. Las patas de rana, verdes, seguían por

ejemplo a los sapos con silbato que ocupaban las últimas filas del turquesa, mientras los rompecabezas de glaciares, que venían del marrón por la base de tierra de las fotografías, cerraban el círculo uniendo sus picos de nieve con pelotas de vóley entre peluches de leones albinos.

Ni ese día, ni ningún otro por ese entonces, se cerró el local a la hora de la siesta, y el momento del cierre comenzó a retrasarse un poco más. Enrique durmió en el local también esa noche y otras tantas que le siguieron. Mirta estuvo de acuerdo en armar para él un espacio en el depósito. Los primeros días tuvo que conformarse con un colchón tirado en el piso, pero al poco tiempo conseguimos una cama. Una vez por semana, durante la noche, Enrique reorganizaba el local. Armaba escenarios utilizando las formas de los ladrillos gigantes; modificaba, mediante agujereadas paredes de juguetes apilados contra el vidrio, la luz del interior del local; construía castillos que recorrían las góndolas. Fue inútil insistir en un sueldo, no le interesaba.

—Es mejor si me quedo acá —decía—, mejor que el sueldo.

No salía del negocio, para nada. Comía lo que Mirta le mandaba por las noches: viandas que empezaron siendo algunas rodajas de pan con fiambre y terminaron en elaborados platos para las dos comidas del día.

Enrique nunca tocó los modelos para armar. Ocupaban las estanterías más altas del local y ahí permanecieron siempre. Fue lo único que conservó su lugar. Prefirió en cambio los rompecabezas y los juegos de mesa. En las mañanas, si yo llegaba antes de hora, encontraba a Enrique sentado a la mesa con su vaso de leche, jugando con los dos colores de las damas chinas o encastrando las últimas piezas de un gran paisaje otoñal. Se había vuelto silencioso, pero sin dejar de ser atento con los clientes. Se tomó la costumbre de armar su cama por las mañanas, de limpiar la mesa y barrer el piso después de comer. Al terminar, se acercaba hasta mí o hasta Mirta, que por el exceso de trabajo había empezado a atender el mostrador, y decía “Ya armé la cama” o “Acabo de terminar de barrer” o simplemente “Ya terminé” y era el modo, obsecuente, decía Mirta, lo que de alguna manera empezaba a preocuparnos.

Una mañana descubrí que había recreado sobre la mesa —con muñecos articulados, animales de granja y ladrillos para armar— un pequeño zoológico. Tomaba de su vaso de leche mientras abría la verja de los caballos y los hacía galopar, uno por uno, hasta un pulóver oscuro que hacía de montaña. Lo saludé y volví al mostrador para empezar el trabajo. Cuando se acercó parecía avergonzado.

—Ya terminé con la cama —dijo— y ordené también el resto del cuarto.

—Está bien —dije—, quiero decir... No importa si se arma o no la cama. Es tu cuarto, Enrique.

Pensé que estaba entendiendo, pero miró hacia el piso, aún más avergonzado y dijo:

—Perdón, no vuelve a pasar. Gracias.

Enrique dejó de reordenar también los juegos de mesa. Colocó las cajas en los estantes superiores, junto a las réplicas para armar, y solo subía por ellas si algún cliente reclamaba específicamente ese artículo.

—Hay que hablar con él —decía Mirta—. La gente va a creer que no trabajamos más rompecabezas...

Pero no le dije nada. Se vendía bien y no quería lastimarlo.

Con el tiempo empezó a rechazar algunas comidas. Le gustaban la carne, el puré y las pastas con salsas simples. Si le llevábamos otra cosa, no comía, así que Mirta comenzó a cocinar solo las cosas que a él le gustaban.

Alguna que otra vez los clientes le dejaban monedas, y cuando juntó lo suficiente compró en la juguetería un tazón de plástico azul que traía en el frente un auto deportivo en relieve. Lo usaba para desayunar, y a la mañana, al reportar el estado de la cama y el cuarto empezó a agregar:

—También lavé mi taza.

Mirta me contó con preocupación que una tarde en que Enrique jugaba con un chico se aferró de

pronto a un superhéroe miniatura y se negó a compartirlo. Cuando el chico se echó a llorar, Enrique se alejó furioso y se encerró en el depósito.

—Sabés cuánto cariño le tengo a Enrique —dijo esa noche mi mujer—, pero esas son cosas que no deberíamos permitirle.

Aunque mantenía su ingenio a la hora de reorganizar la mercadería, había dejado también de jugar con los muñequitos articulados y los ladrillos y los había archivado junto con los juegos de mesa y las réplicas para armar, en las atiborradas estanterías superiores. Los juguetes que aún se reordenaban y estaban al alcance de clientes conformaban ya una franja demasiado pequeña y monótona que apenas atraía a los chicos de menor edad. Poco a poco, las ventas volvieron a bajar y el local comenzó a vaciarse. No hizo falta la ayuda de Mirta, que dejó de atender el mostrador y, otra vez, él y yo estábamos solos.

Recuerdo la última tarde que vi a Enrique. No había querido almorzar y caminaba entre las góndolas con su tazón vacío. Lo vi triste y solo. Sentía, a pesar de todo, que Mirta y yo le debíamos mucho, y quise animarlo: trepé la escalera corrediza, que no usaba desde que Enrique me ayudaba en el negocio, y subí hasta las estanterías más altas. Elegí para él una locomotora antigua, importada. Era la mejor réplica en miniatura que tenía. El paquete decía que se armaba con más de mil piezas y, si se le agregaban pilas, funcionaban las luces. Bajé con

el regalo y lo llamé desde el mostrador. Cabizbajo, se detuvo. Se lo veía pequeño entre las góndolas. Cuando volví a llamarlo se agachó de golpe, como asustado, y ahí se quedó.

—Enrique...

Dejé la caja y me acerqué despacio. Lloraba en cuclillas, abrazándose las piernas.

—Enrique, quiero darte...

—No quiero que nadie vuelva a pegarme —dijo. Tomó aire y siguió llorando en silencio.

—Pero Enrique, nadie...

Me arrodillé cerca. Quería tener la caja ahí mismo, darle algo, algo especial, pero no podía dejarlo solo. Mirta hubiera sabido qué hacer, cómo calmarlo. Entonces la puerta se abrió con violencia. Desde el suelo vimos, por debajo de las góndolas, dos tacones altos avanzar entre los pasillos.

—¡Enrique...! —era una voz fuerte, autoritaria.

Los tacones se detuvieron y Enrique me miró asustado. Parecía querer decirme algo.

—¡Enrique!

Los tacones volvieron a moverse, esta vez directo hacia nosotros, y una mujer nos encontró a la vuelta de la góndola.

—¡Enrique! —se acercó furiosa—. ¡Cómo te estuve buscando, estúpido! —gritó, y le dio una cachetada que le hizo perder el equilibrio.

Lo agarró de la mano y lo levantó de un tirón. La mujer me insultó, pateó el tazón que había caí-

do al piso y se llevó a Enrique casi a rastras. Lo vi tropezar y caerse frente a la puerta. De rodillas, se volvió para mirarme. Después hizo una mueca, como si fuera a echarse a llorar. Al verlo estirar la mano me pareció que sus dedos pequeños trataban de desprenderse de los de la madre que, furiosa, se inclinaba para alzarlo.

## Mi hermano Walter

Mi hermano Walter está deprimido. Lo visitamos con mi mujer todas las noches, cuando volvemos del trabajo. Compramos algo de comer —le gustan mucho las papas fritas con pollo— y le tocamos el timbre alrededor de las nueve. Atiende y pregunta “¿Quién es...?” Y mi mujer dice “¡Nosotros!” Y él dice “ah...”, y nos deja entrar.

Una decena de personas lo llaman por día para ver cómo está. Él levanta el tubo con esfuerzo, parece que le pesara una tonelada, y dice:

—¿Sí?

Y la gente habla como si mi hermano se alimentara de estupideces. Si le pregunto quién es, o qué quiere, él es incapaz de responder. No le interesa en lo más mínimo. Está tan deprimido que ni siquiera le molesta que estemos ahí, porque es como si no hubiese nadie.

Algunos sábados mi madre y tía Claris lo llevan a las fiestas de adultos del salón, y Walter se mantiene

sentado entre cumpleaños cuarentonas, despedidas de solteros y recién casados. Tía Claris, que siempre le busca el lado esotérico a las cosas más simples, dice que cuanto más deprimido está Walter más feliz se siente la gente que está alrededor. Esto es una verdadera estupidez. Lo que es verdad es que desde hace unos meses las cosas en la familia están mejorando. Mi hermana finalmente se casó con Galdós, y en la fiesta mi madre conoció, en un grupo de gente que bebía champagne y lloraba de la risa en la mesa de mi hermano, al señor Kito, con el que ahora vive. El señor Kito tiene cáncer, pero es un hombre con mucha energía. Siempre está bien dispuesto y es atento con mi madre. Es el dueño de una cerealera, y amigo de la infancia de tía Claris. Galdós y mi hermana compraron una granja, lejos de la ciudad, y empezamos a tomarnos la costumbre de juntarnos ahí los fines de semana. Mi mujer y yo pasamos a buscar a Walter el sábado a primera hora y para el mediodía ya estamos todos en la granja, esperando el asado con una copa de vino y esa felicidad inmensa que dan los días de sol al aire libre.

Un único fin de semana faltamos hasta ahora, porque Walter estaba engripado y se negaba a subir al coche. Sentí que debía avisar al resto que él no vendría, entonces empezaron a llamarse entre sí, planteando si valdría o no la pena reunirnos sin él, y para la hora en la que Galdós empieza a servir el asado ya todos habíamos renunciado a la salida.

Ahora tía Claris sale con el capataz de la granja y somos pares en la familia, menos Walter, claro. Hay una silla cerca de la parrilla, que él eligió el primer día que lo llevamos a la quinta, y de la que no se levanta. Quizá le gusta porque siempre está a la sombra. Tratamos de mantenernos alrededor, para animarlo o hacerle compañía. Intentamos hablar de temas más o menos superficiales, siempre con optimismo. Mi hermana y mi mujer, que se llevan de maravilla, comentan para todos las novedades de la semana. Y siempre hay ocasión para felicitar a Kito por los alentadores resultados de su tratamiento contra el cáncer, a Galdós por la creciente rentabilidad de la granja, y a mi madre porque, simplemente, la adoramos. Pero el tiempo pasa, y Walter sigue deprimido. Tiene una expresión fatal, cada vez más triste. Galdós trae a la granja a un reconocido médico rural que enseguida se interesa en el caso de Walter. Pide una silla y se sienta frente a él. Quiere intimidad y los dejamos solos un rato. Esperamos bajo la galería de la casa. Conversamos con disimulo, con nuestros aperitivos en la mano, hasta que el médico regresa de la sombra. Se lo ve conforme, seguro de sí mismo. Le digo que se ve joven, estupidamente bien, y él dice de mí lo mismo. Dice que Walter necesita tiempo, pero tiene fe. Así que el médico nos cae bien. Nos consultamos por teléfono en la semana y todos acordamos en que parece un gran tipo, y lo invitamos a la granja con más fre-



cuencia, para afianzar el tratamiento de Walter. No nos cobra nada. Su mujer viene también, charla con mi mujer y mi hermana, y acuerdan verse en la semana en el centro, para ir juntas al cine o al teatro. Entonces el médico rural, Kito y Galdós, charlando amenamente alrededor de Walter, fumando y comentando tonterías para animarlo un poco, tienen una gran charla de negocios, y emprenden juntos una nueva línea de cereales, bajo la firma de Kito, pero en la granja de Galdós, y con una receta más saludable que el médico desarrolló con sumo éxito en las siguientes semanas. Yo, sumado al proyecto, tengo que estar en la granja casi todos los días, así que cuando mi mujer queda embarazada nos mudamos también a la granja, y nos traemos a Walter, que prácticamente no opina sobre los cambios. Nos alivia que esté acá con nosotros, verlo sentado en su silla, saber que está cerca.

Los nuevos cereales se venden muy bien y la granja va sumando empleados y compradores mayoristas. La gente es amable. Todos parecen estar muy conformes acerca de cómo hacemos las cosas y el precio que ponemos por ellas. Confían en el proyecto. Nos mueve una energía optimista que sigue teniendo sus momentos de esplendor los fines de semana, cuando el asado cada vez más concurrido de Galdós empieza a dorarse en las parrillas y todos esperamos ansiosos con las copas en la mano. Estamos haciéndolo bien. Y ya somos tantos que casi

no hay un segundo en el que Walter se quede solo. Nos alivia saber que siempre hay alguien peleando la silla que el médico dejó junto a él, en la sombra, alguien dispuesto a alegrarlo, ansioso por contarle buenas noticias, por hacerle ver lo feliz que cualquiera de nosotros puede llegar a ser si realmente se esmera en eso.

La empresa crece. El cáncer de Kito al fin queda erradicado y mi hijo cumple dos años. Cuando lo dejo a upa de Walter mi hijo sonrío y aplaude, y dice “soy feliz, soy muy feliz”. Tía Claris viaja con el capataz. Un tour por el Mediterráneo europeo los entretiene dos meses. Vuelven y se sienten aún más unidos a mi hermana y a Galdós, que vienen de las costas mexicanas, y los cuatro se pasan las tardes intercambiando fotos. Van al casino algunas noches y, cada vez, ganan mucho dinero. Así hacemos nosotros las cosas. Con el dinero, y asesorados por el intendente, fundan una sociedad y compran cerealeras de la competencia. Para Año Nuevo la empresa invita a casi todo el pueblo que rodea la granja —porque ya prácticamente todos trabajan acá—, y a los mayoristas, y a los amigos y a los vecinos. El asado se hace a la noche. No hay que traer nada, tenemos todo para dar. Una banda toca en vivo ese jazz de los años treinta que te hace bailar hasta sentado. Los chicos juegan con las guirnaldas, enredando las sillas y las mesas, riéndose de todo.

Yo hace tiempo que cada tanto llevo aparte a mi hermano, o busco un momento en el que estemos tranquilos, y le pregunto qué le pasa. Él mantiene su silencio, pero deja automáticamente de mirarme a los ojos. Pienso que es difícil preguntárselo ahora, porque son las doce en punto y con el brindis tiramos fuegos artificiales, de esos que iluminan el cielo entero, y la gente grita y aplaude, y pide más. Veo a Walter sentado en su silla, la espalda de Walter, y a mi hijo pasar corriendo junto a él, arrastrando su guirnalda. Pero la pierde, se le cae. Enseguida se da cuenta, y vuelve para buscarla. Entonces algo nuevo pasa: Walter se inclina hacia el piso y la levanta. Su movimiento me resulta insólito, me impide moverme, o decir nada. Walter mira la guirnalda y por un momento todo me parece confuso. Gris. Paralizado. Es solo un momento, porque enseguida mi hijo se la quita y regresa corriendo hacia su madre. Aunque reconozco el alivio, las piernas me tiemblan. Casi siento que podríamos morir, todos, por alguna razón, y no puedo dejar de pensar en qué es lo que le pasa a Walter, en qué es lo que podría ser tan terrible.

## Bajo tierra

Necesitaba descansar, tomar algo para despabilarme. La ruta estaba oscura y todavía tenía que conducir varias horas. El parador era el único que había visto en kilómetros. Las luces interiores le daban cierta calidez, y había dos o tres coches estacionados frente a los ventanales. Dentro, una pareja joven comía hamburguesas. Al fondo, un tipo de espaldas y otro hombre, más viejo, en la barra. Me senté junto a él, cosas que uno hace cuando viaja demasiado, o cuando hace tanto que no habla con nadie. Pedí una cerveza. El barman era gordo y se movía despacio.

—Son cinco pesos —dijo.

Pagué y me sirvió. Hacía horas que soñaba con mi cerveza y esa era bastante buena. El viejo miraba el fondo de su vaso, o cualquier otra cosa que pudiese verse en el vidrio.

—Por una cerveza le cuentan la historia —dijo el gordo señalándome al viejo.

El viejo pareció despertar y se volvió hacia mí. Tenía los ojos grises y claros, quizá tuviera un principio de cataratas o algo por el estilo, era evidente que no veía nada bien. Pensé que adelantaría algo de la historia, o que se presentaría. Pero se quedó quieto, como un perro ciego que cree haber visto algo y no tiene mucho más que hacer.

—Vamos, amigo —dijo el gordo, y me guiñó el ojo—, solo es una cerveza para el abuelo.

Dije que sí, que por supuesto. El viejo sonrió. Saqué cinco pesos para el gordo y otra vez, en menos de un minuto, el viejo tenía lleno el vaso. Tomó un par de tragos y se acomodó automáticamente hacia mí. Pensé que ya habría contado la historia un centenar de veces, y por un momento me arrepentí de haberme sentado al lado del viejo.

—Esto pasa adentro —dijo, señalando el secacopas o, quizás, un horizonte imaginario que yo todavía no podía ver—, adentro, bien en el campo. Había un pueblo ahí, un pueblo minero, ¿entiende? Un pueblo chico, la mina recién empezaba a funcionar. Pero tenía ahí una plaza, la iglesia, y la calle que iba hasta la mina estaba asfaltada. Los mineros eran jóvenes. Habían llevado a sus mujeres y en pocos años ya había muchos chicos, ¿entiende?

Asentí. Busqué con la mirada al gordo, que evidentemente ya conocía la historia y se distraía acomodando botellas a un lado de la barra.

—Bueno, estos chicos estaban todo el día en la calle. Corriendo de una casa a otra, jugando. Un día uno de estos chicos descubre en un descampado algo extraño. La tierra estaba ahí como hinchada. Era poca cosa, no a cualquiera le hubiese llamado la atención, pero pareció suficiente para ellos. Los que estaban ahí, no eran muchos los que lo encontraron, se fueron acercando, hicieron un círculo alrededor y estuvieron así un rato. Uno se arrodilló y empezó a escarbar la tierra con las manos, así que el resto empezó a hacer lo mismo. En seguida encontraron algún balde de juguete o cualquier otra cosa que sirviera de pala, y empezaron a cavar. Fueron sumándose otros a lo largo de la tarde. Llegaban y se sumaban sin preguntar, como si ya hubiesen sido avisados del pozo. Los primeros terminaban por cansarse e iban dejando lugar a los nuevos. Pero no se alejaban. Se quedaban cerca, mirando siempre la obra. Al día siguiente volvieron más preparados, traían baldes, cucharones de cocina, palas de maceta, cosas que seguramente les habían pedido a sus padres. El agujero pasó a ser un pozo. Entraban cinco o seis adentro. Apenas si les asomaba la cabeza. Juntaban la tierra en los baldes y se los pasaban a los de arriba que, a su vez, la llevaban hasta un montículo que iba creciendo, ¿me entiende?

Asentí, y aproveché la interrupción para pedirle al gordo más cerveza. También pedí otra para el viejo. Él aceptó, pero la interrupción no pareció

gustarle. Se quedó callado, y solo siguió cuando el gordo dejó frente a nosotros los nuevos vasos y se concentró de nuevo en sus cosas.

—Los chicos empezaron a interesarse solo en el pozo, no había ninguna otra cosa que llamara su atención. Si no podían estar ahí cavando, hablaban entre ellos del tema, y si estaban con adultos, prácticamente no hablaban. Obedecían sin discutir, sin prestar atención a lo que se les decía, y por respuesta solo se escuchaba “sí”, “no”, “da igual”. Siguieron cavando. Trabajaban más organizados, de a turnos cortos. Como el pozo ya era más profundo subían los baldes con sogas. En las tardes, antes de que oscureciera, se ayudaban entre ellos para salir y tapaban con tablas la boca. Algunos padres estaban entusiasmados con la idea del pozo, porque decían que eso les permitía jugar a todos juntos, y que eso era bueno. A otros les daba igual. Seguro había padres que ni sabían del tema. Yo creo que algún adulto, intrigado por todo el asunto, debe haberse acercado una noche, mientras los chicos dormían, y debe haber levantado las tablas. ¿Pero qué puede verse en la noche, en un pozo vacío cavado por chicos? No creo que hayan encontrado nada. Deben haber pensado que solo era un juego, eso deben haber pensado, hasta el último día.

El viejo no dijo nada más. Me quedé esperando, no sabía si había terminado. Aunque se me ocurrieron un par de comentarios ninguno me pareció

oportuno. Busqué al gordo, atendía la mesa de la pareja joven, que ya se iba. Abrí la billetera, conté otros cinco pesos y los puse entre los dos. El viejo agarró el dinero y lo guardó en su bolsillo.

—Esa noche perdieron a sus hijos. Empezaba a oscurecer. Era el momento del día en que los chicos volvían a sus casas, pero no había señales de ellos. Salieron a buscarlos y se encontraron con otros padres también preocupados, y cuando empezaron a sospechar que algo podía haber pasado, ya casi todos estaban en la calle. Los buscaron desorganizadamente, cada uno por su lado. Fueron a la escuela, a las casas donde antes solían jugar. Algunos se alejaron y fueron hasta la mina, examinaron los alrededores, revisaron incluso sitios donde los chicos no podrían llegar solos. Buscaron durante horas y no encontraron a ninguno. Supongo que cada padre por su cuenta había pensado alguna vez que algo malo podía pasarle a su hijo. Un chico trepado a un paredón puede caerse y abrirse la cabeza en un segundo. Puede ahogarse en el estanque jugando con otro a hundirse entre sí, puede atorársele en la garganta un carozo, una piedra, cualquier cosa, y morir ahí nomás. ¿Pero qué fatalidad podía borrarlos a todos de la tierra? Discutieron. Pelearon. Quizá porque pensaron que podrían encontrar alguna pista, fueron concentrándose alrededor del pozo, y levantaron las tablas. Deben haberse mirado entre sí, confundidos, sin saber muy bien qué

pasaba: no había ningún pozo. Las tablas tapaban una protuberancia, el montículo que queda en la tierra cuando se la remueve, o cuando se entierra a los muertos. Podría pensarse que el pozo se había derrumbado, o que los chicos lo habían vuelto a tapar, pero la tierra que habían sacado seguía ahí, podían verla desde donde estaban. Fueron por palas y empezaron a cavar donde antes lo habían hecho los chicos. Una madre gritaba desesperada.

—Paren, por favor. Despacio, despacio... —gritaba—, van a darles con las palas en la cabeza —hubo que calmarla entre varios.

Al principio cavaban con cuidado, más tarde abrían la tierra a palazos. Bajo la tierra no había más que tierra, y algunos padres se rindieron y empezaron a dejar el pozo, confundidos. Otros siguieron trabajando hasta la noche siguiente, ya sin ningún cuidado, agotados, y al final todos terminaron por regresar a sus casas, más solos que nunca.

El gobernador viajó hasta el pueblo. Trajo gente aparentemente especializada para examinar el pozo. Les hicieron repetir la historia varias veces.

—¿Dónde estaba exactamente el pozo? —preguntaba el capataz.

—Acá, exactamente acá.

—¿Pero no es que este pozo lo cavaron ustedes?

Los hombres del gobernador dieron vueltas por el pueblo, revisaron algunas casas, y no volvieron nunca más. Entonces empezó la locura. Dicen que

una noche, una mujer escuchó ruidos en la casa. Venían del suelo, como si una rata o un topo escarbaba bajo el piso. El marido la encontró corriendo los muebles, levantando las alfombras, gritando el nombre de su hijo mientras golpeaba el piso con los puños. Otros padres empezaron a escuchar los mismos ruidos. Arrinconaron contra las paredes todos los muebles. Arrancaron con las manos las maderas del piso. Abrieron a martillazos las paredes de los sótanos, cavaron en sus patios, vaciaron los aljibes. Llenaron de agujeros las calles de tierra. Tiraban cosas adentro, comida, abrigo, juguetes; luego volvían a taparlos. Dejaron de enterrar la basura. Levantaron del cementerio los pocos muertos que tenían. Dicen que algunos padres siguieron cavando noche y día en el descampado, y que solo se detuvieron cuando el cansancio o la locura acabaron con sus cuerpos.

El viejo miró su vaso vacío y yo inmediatamente le pasé otros cinco pesos. Pero había terminado; rechazó el dinero.

—¿Sale? —me preguntó.

Sentí que era la primera vez que me hablaba. Como si toda la historia no hubiera sido más que eso, una historia paga ya terminada. Los ojos grises y ciegos del viejo me miraban. Dije que sí. Saludé con un gesto al gordo, que asintió desde la piletta, y salimos. Afuera volví a sentir el frío. Le pregunté si podía alcanzarlo a algún lugar.

—No. Le agradezco —dijo.

—¿Quiere un cigarrillo?

Se detuvo. Saqué un cigarrillo y se lo pasé. Busqué en mi abrigo el encendedor. El fuego le iluminó las manos. Eran oscuras, gruesas y rígidas como garrotes. Pensé que las uñas podrían haber sido las de un ser humano prehistórico. Me devolvió el encendedor y caminó hacia el campo. Sin entender del todo, lo vi alejarse.

—¿A dónde va? —pregunté—, ¿seguro no quiere que lo alcance?

Se detuvo.

—¿Vive acá?

—Trabajo —dijo—, más allá —señaló campo adentro.

—¿Qué hace?

Dudó unos segundos, miró el campo, y después dijo:

—Somos mineros.

De pronto ya no sentía frío. Me quedé unos minutos para verlo alejarse. Forcé la vista deseando encontrar algún detalle revelador. Solo cuando su figura se perdió del todo en la noche regresé al auto, prendí la radio y me alejé a toda velocidad.

## Cabezas contra el asfalto

Si golpeás mucho la cabeza de alguien contra el asfalto —aunque sea para hacerlo entrar en razón—, es probable que termines lastimándolo. Esto es algo que mi madre me explicó desde el principio, el día que golpeé la cabeza de Fredo contra el piso en el patio del colegio. Yo no era violento, quiero aclarar esto. Solo hablaba si era estrictamente necesario, no tenía amigos pero tampoco enemigos, y lo único que hacía en los recreos era esperar solo en el aula, lejos del ruido del patio, hasta que la clase volviera a empezar. Esperaba dibujando. Eso apuraba el tiempo y me apartaba del mundo. Dibujaba cajas cerradas y peces con forma de rompecabezas que encastraban entre sí. Fredo era el capitán del equipo de fútbol y en nuestro grado las cosas se hacían como él quería. Como esa vez que a Cecilia se le había muerto el tío y le hizo creer que lo había matado él. Un día, durante un recreo, Fredo entró en el aula, me sacó de un tirón el dibujo en el que

estaba trabajando y se fue corriendo. El dibujo eran dos peces rompecabezas, cada uno en una caja, y ambas cajas dentro de otra caja. Saqué eso de cajas dentro de cajas de un pintor que le gustaba a mamá, y todas las maestras estaban encantadas y decían que era *un recurso muy poético*. En el patio Fredo cortaba el dibujo por la mitad, y las mitades en mitades, y así, mientras su grupo lo rodeaba y se reía. Cuando ya no pudo cortar pedazos más chicos tiró todo por el aire. Lo primero que sentí fue tristeza. No es un decir, siempre pienso en cómo siento las cosas en el momento en que me pasan, y quizá sea eso lo que me haga más lento, o más distraído que el resto. Me abalancé sobre Fredo, lo tiré al piso, lo agarré de los pelos y empecé a darle la cabeza contra el suelo. La maestra gritó y un profesor de otra clase vino a separarnos. No pasó gran cosa después de eso. Mi mamá me dijo esa tarde que podría haberlo lastimado mucho, y eso fue todo.

En el secundario volví a hacerlo. Yo seguía dibujando, y nadie tocaba mis dibujos porque sabían que yo creía en el bien y en el mal, y me molestaba todo lo relacionado con lo segundo. Al fin y al cabo, la pelea con Fredo me había dado en el grupo un aire de respeto y ya no se metían conmigo. Pero ese año un chico nuevo que se creía muy vivo se enteró de que Cecilia se había indisputado por primera vez el día anterior. Y aprovechando que yo no estaba en el aula durante el recreo, entró y le

llenó la cartuchera de ténpera roja. Cuando volvimos a clase y Cecilia buscó algo entre sus lápices se manchó los dedos y la ropa. El chico le gritó a Cecilia que era una puta, como su madre y como todas, lo que de algún modo incluía también a mi mamá. Cecilia no me gustaba, pero al chico le di la cabeza contra el piso hasta que le empezó a sangrar. La maestra tuvo que pedir ayuda para separarnos. Mientras nos sostenían para que no volviéramos a agarrarnos le pregunté si ahora el cerebro no le drenaba mejor. Aunque me pareció una frase genial, nadie se rió. Me llenaron el boletín de amonestaciones y me suspendieron por dos días. Mamá también estaba enojada conmigo, pero la escuché decir por teléfono que su hijo *no estaba acostumbrado a la intolerancia*, y que todo lo que yo había querido hacer era *proteger a esa pobre chica*.

Desde entonces Cecilia hacía todo lo posible por ser mi amiga. Me fastidiaba terriblemente. Se sentaba lo más cerca que podía, y se daba vuelta a cada rato para mirarme. A veces sonreía o me saludaba con la mano. Me escribía cartas sobre la amistad y el amor y las escondía entre mis cosas. Yo seguía dibujando. Mi mamá me había anotado en el taller de dibujo y pintura del colegio, que era todos los viernes. La profesora nos mandaba a comprar hojas A3, casi el cuádruple de las que yo usaba. También témperas y pinceles. La profesora mostraba a la clase mis trabajos para explicar por qué yo *era genial*,

cómo lo lograba, y qué es lo que quería *comunicar con cada pincelada*. En el taller aprendí a hacer todas las extremidades de rompecabezas en 3D, a pintar fondos esfuminados que, *contra el realismo de un horizonte, dan idea de abstracción*, y a pasarles spray a los mejores trabajos para que se conservaran bien y no perdieran *la intensidad de los colores*.

Lo más importante para mí era pintar. Había otras cosas que me gustaban, como mirar televisión, no hacer nada y dormir. Pero pintar era lo mejor. En tercer año se organizó un concurso de pintura para exponer en el hall. El jurado eran la profesora de dibujo, la directora y su secretaria. Las tres eligieron por unanimidad *mi obra más representativa* y colgaron el cuadro en el hall de entrada del colegio. Por esos días Cecilia empezó a decir que yo estaba enamorado de ella, desde siempre. Que ella era el pez rojo y yo el azul. Que las fichas de rompecabezas de un pez encastraban en el otro porque éramos así, el uno para el otro. Entonces, durante un recreo, descubrí que en el cuadro, colgado en el hall, alguien había escrito nuestros nombres sobre cada pez. Volví al aula y encontré en el pizarrón un corazón gigante atravesado por una flecha con nuestros nombres. Era la misma letra que la del cuadro. Nadie se animó a reírse, pero todos lo habían visto y se miraban entre sí. Cecilia me sonrió, colorada, y siguió escribiendo algún otro estúpido corazón en su cuaderno. Sentí que tenía ganas de

golpearla, como cuando pasó lo de Fredo y lo del chico de segundo. Y aun antes de que nada sucediera, pude ver la imagen de la cabeza golpeándose, el cuero cabelludo estrellarse una y otra vez contra las irregularidades del piso, la cabeza perforada, la sangre espesando los pelos. Sentí mi cuerpo abalanzarse sobre ella, descontrolado y, por alguna razón, un segundo después, contenerse. Y entonces supe exactamente qué hacer. Corrí hasta el taller de dibujo y pintura, que estaba en el segundo piso. Algunos chicos me siguieron —Cecilia entre ellos—, abrí la puerta, saqué de los armarios las hojas y las témperas, y dibujé. Dibujé todo. Un primerísimo primer plano. Apenas el ojo aterrado de Cecilia, su frente transpirada llena de granos, el piso áspero debajo, los dedos fuertes de mi mano enredados en sus pelos, y después, puro, el rojo, manchándolo todo.

Si me preguntan qué aprendí en el colegio, solo puedo responder que a pintar. Todo lo demás vino como se fue, no queda nada. Tampoco estudié después del secundario. Pinto cuadros de cabezas golpeando contra el piso, y la gente me paga fortunas. Vivo en un loft en el microcentro. Arriba tengo el cuarto y el baño, abajo la cocina y todo el resto es estudio. Algunos ricos me piden retratos de sus propias cabezas. Les gustan los lienzos gigantes y



cuadrados, los hago de hasta dos metros por dos metros. Me pagan lo que pida. Veo después los cuadros colgados en sus livings enormes y me impresionan los buenos que son. Creo que esos tipos se merecen verse a sí mismos estampados contra el piso por mi mano, y ellos parecen conformes cuando se paran frente a los cuadros y asienten en silencio.

No me gusta tener novias. Salí con algunas chicas pero nunca funcionó. Tarde o temprano empiezan a reclamarme más tiempo o a pedirme que diga cosas que en realidad no siento. Una vez probé decir lo que sentía y fue peor. Otra vez, una con la que había salido como seis veces y ya decía que era mi novia, se volvió completamente loca sin que yo dijera nada. Decidió que yo no la amaba, que nunca iba a amarla, me obligó a agarrarla de los pelos y empezó a darse sola la cabeza contra la pared, mientras gritaba “quiero que me mates, quiero que me mates”. Pienso que relaciones así no son sanas. Mi representante, que es el tipo que se encarga de poner mis cuadros en las galerías y decidir qué precio tiene cada cosa que hago, dice que el tema de las mujeres no me conviene. Dice que la energía masculina es superior, porque no se dispersa y es monotemática. Monotemática es que solo piensa en una cosa, aunque nunca dice en cuál. Dice que las mujeres son buenas al principio, cuando están bien buenas, y buenas al final, porque vio morir a su padre en brazos de su madre y esa es una buena forma de morir. Pero todo

lo que está en el medio es un infierno. Dice que ahora tengo que concentrarme en lo que yo sé hacer. Es calvo y gordo, y no importa lo que pase, siempre está aspirando con la nariz. Se llama Aníbal y antes fue pintor, pero nunca quiere hablar de eso. Como vivo encerrado, y él mismo convence a mi mamá de que no me moleste, suele pasar al mediodía a dejarme comida y darle un vistazo a lo que estoy trabajando. Se para frente a los cuadros, con los pulgares agarrados de los bolsillos delanteros de los jeans, y dice siempre las mismas cosas: “más rojo, necesita más rojo”. O: “más grande, tengo que verlo desde la otra esquina”. Y casi siempre, antes de irse: “Sos un genio. Un-ge-nio”. Cuando no me siento bien, porque estoy triste o cansado, me miro en el espejo del baño, cuelgo los pulgares de mis jeans y me digo: “sos un genio, un-ge-nio”. A veces funciona.

Siempre tuve un terrible agujero entre las dos últimas muelas derechas, en el maxilar superior, y hace un tiempo empezó a metérseme ahí cualquier cosa que comiera. Me agarré una caries insoportable. Aníbal dijo que no podía ir a cualquier dentista, porque después de las mujeres, los dentistas eran lo peor. Trajo una tarjeta y dijo: “es coreano, pero es bueno”. Me pidió una cita para esa misma tarde. John Sohn parecía joven, pensé que podría tener mi edad, y eso que calcularles la edad a los coreanos es algo difícil. Me puso algo de anestesia, perforó dos dientes y tapó con pasta los agujeros que había

hecho. Todo con una sonrisa y sin hacerme doler en ningún momento. Me cayó bien, así que le conté que pintaba cabezas contra el asfalto. John Sohn hizo un momento de silencio, que resultó ser un momento de iluminación y dijo “es justo lo que estoy buscando”. Me invitó a cenar a uno de esos restaurantes coreanos de verdad. Quiero decir, no de los turísticos, sino de esos en los que se entra por una pequeña puerta en la que aparentemente no hay nada, y dentro hay un tremendo mundo coreano. Mesas grandes y redondas, aunque solo se sienten dos personas, el menú en coreano, todos los mozos coreanos y todos los clientes coreanos. John Sohn eligió para mí un plato tradicional y le dio al mozo instrucciones precisas acerca de cómo prepararlo. John Sohn necesitaba a alguien que pintara un cuadro gigante para su sala de espera. Dijo que *lo importante era el diente*, y me pareció una propuesta interesante. Quería hacer un trato: yo pintaba el cuadro y él me arreglaba todos los dientes. Me explicó por qué quería el cuadro, cómo repercutiría eso sobre los clientes y el valor publicitario en su cultura. Le encantaba hablar, hablaba todo el tiempo, y a mí me encantaba escucharlo. Cuando terminamos de comer John Sohn me presentó a unos coreanos de la mesa de al lado y tomamos el café con ellos. Aunque no pude entender nada de lo que se conversó, ese rato de descanso me ayudó a darme cuenta de que yo era muy feliz, de que era

amigo de mi dentista, y de que tener amigos está muy bien.

Trabajé sobre el cuadro de John muchos días, hasta que una mañana desperté en el sillón del estudio, miré el tapiz y sentí un profundo agradecimiento: su amistad me había dado mi mejor cuadro. Lo llamé al consultorio y John se puso feliz, lo sé porque si algo lo entusiasmaba hablaba muy rápido, y a veces en coreano. Dijo que vendría a almorzar. Era la primera vez que mi amigo venía a visitarme. Ordené un poco los cuadros, cuidando de dejar a la vista los mejores. Subí al cuarto la ropa tirada y llevé a la cocina los vasos y los platos sucios. Saqué comida de la heladera y la preparé en una bandeja. Cuando John llegó miró hacia todos lados, buscando el cuadro, pero todavía no era el momento, y él lo respetó porque los coreanos saben mucho del respeto, o al menos eso es lo que él siempre decía. Nos sentamos a almorzar. Le pregunté si quería más sal, si prefería algo caliente, si le servía más gaseosa. Todo estaba bien para él. Pensé que podría venir alguna noche para ver películas o charlar de cualquier cosa, podíamos sacarnos una foto para poner en algún sitio, la gente hace eso con sus amigos y familiares. Pero no dije nada todavía. John comía y hablaba. Lo hacía todo al mismo tiempo, y a mí no me molestaba porque eso es tener intimidad, es cosa de amigos. No sé cómo empezó ese tema, él hablaba de los chicos coreanos y la

educación en su país. Los chicos entran a la escuela a las seis de la mañana y salen a las doce del día siguiente, es decir que pasan casi un día y medio en la escuela y solo les quedan libres cinco horas, que las utilizan para regresar a sus casas, dormir un poco y volver. Dijo que esas cosas son las que diferencian a los coreanos del resto del mundo, las que los distinguen de los demás. No me gustó, y eso está bien porque a uno no puede gustarle todo de un amigo. Así que, a pesar de su comentario, estábamos bien. Sonreí. “Quiero que veas el cuadro”, le dije. Caminamos hasta el centro de la sala. Dio unos pasos hacia atrás, calculando la distancia necesaria, y cuando sentí que era el momento quité la sábana que cubría el cuadro. John tenía manos finas y pequeñas, y siempre estaba moviéndolas para explicar lo que pensaba. Pero las manos quedaron quietas, colgando de los brazos como muertas. Le pregunté qué pasaba. Dijo que el cuadro tenía que tratarse del diente. Que lo que quería era un cuadro gigante para su sala de espera, el cuadro de un diente. Repitió eso varias veces. Miramos juntos el cuadro: la cara de un coreano estrellándose contra los azulejos negros y blancos de una sala de espera muy parecida a la de John. No está mi mano estrellando la cabeza, sino que cae sola, y lo primero que da contra el esmalte de los azulejos, lo que recibe todo el peso de la caída, es uno de los dientes del coreano, con una rajadura vertical que, un instante

después, terminará por abrirlo al medio. No pude entender qué era lo que no funcionaba para John, el cuadro era perfecto. Y me di cuenta de que yo no estaba dispuesto a cambiar nada. John dijo que eso era lo que pasaba al fin y al cabo, y empezó otra vez con el tema de la educación coreana. Dijo que los argentinos éramos vagos. Que no nos gustaba trabajar y así estaba nuestro país. Que eso nunca cambiaría, porque éramos como éramos, y se fue.

Me molestó mucho todo lo que dijo John. Porque argentinos son también mi mamá y Aníbal, y ellos trabajan muchísimo, y me molesta la gente que habla sin saber. Pero John era mi amigo. Y yo aprendí a contener mi furia, y me sentí muy orgulloso de eso. Al día siguiente le escribí un mail explicándole que yo podría cambiar lo que fuera que él quisiera del cuadro. Le aclaré que no estaba muy de acuerdo *estéticamente*, pero entendía que quizás él necesitaba algo más publicitario. Esperé un par de días, John no contestó. Volví a escribirle, pensé que quizás él estaba ofendido por algo, y le expliqué que si era así yo necesitaba saber exactamente por qué, porque si no no podía disculparme. John tampoco contestó ese mail. Mamá llamó a Aníbal y le explicó que todo esto pasaba porque yo era *muy sensible*, y todavía no estaba preparado para *el fracaso*. Pero no tenía nada que ver con eso. El séptimo día sin noticias decidí llamar a John al consultorio. Me atendió su secretaria. “Buenos días, señor; no, se-

ñor, el doctor no se encuentra; no, señor, el doctor no puede responder a su llamada”. Pregunté por qué, qué estaba pasando, por qué John me hacía eso, por qué John no quería verme. La secretaria se quedó unos segundos en silencio y después dijo “el doctor se tomó algunos días, señor”, y me cortó. Ese fin de semana pinté seis cuadros más de cabezas de coreanos partiéndose contra el asfalto, Aníbal estaba muy entusiasmado con los trabajos, yo hervía de bronca y de a ratos también seguía muy triste. Llamé unos días más tarde. Atendió una voz de mujer, en un idioma inentendible que seguramente sería coreano. Dije que quería hablar con John, repetí el nombre de John algunas veces. La mujer dijo algo que no entendí, algo corto y rápido. Lo volvió a repetir. Después atendió un hombre, algún otro coreano que tampoco era John y también dijo cosas que no entendí.

Así que decidí algo, algo importante. Envolví el cuadro de John con la sábana, salí a la calle arrastrándolo como pude, esperé una eternidad hasta dar con uno de esos taxis de aeropuerto con mucho espacio detrás, para el cuadro, y le di al taxista la dirección de John. John vivía en un mundo coreano a cincuenta cuadras de mi barrio, lleno de carteles en coreano y de coreanos. El taxista me preguntó si estaba seguro de la dirección, si quería que me esperara en la puerta. Le dije que no hacía falta, le pagué y me ayudó a bajar el cuadro. La casa de John

era antigua y grande. Apoyé el cuadro en las rejas de entrada, toqué el timbre, esperé. Hay muchas cosas que me ponen nervioso. No entender algo es una de las peores, la otra es esperar. Pero esperé. Pienso que esas son las cosas que uno hace por los amigos. Había hablado con mamá unos días antes y ella había dicho que mi amistad con John tenía, además, *brechas culturales*, y que eso hacía todo más complicado. Le dije que las brechas culturales eran algo contra lo que John y yo podíamos luchar. Solo necesitaba explicárselo, saber por qué estaba tan enojado, aunque de todas formas pensé mucho en eso de las brechas culturales y las agregué a la lista de las cosas que me ponen nervioso.

La cortina del living se movió. Alguien espió un momento por detrás. Una voz femenina dijo “hola” en el portero. Dije que quería ver a John. “John, no”, dijo la mujer, “no”. Dijo otras cosas en coreano, el aparato hizo algunos ruidos y todo quedó en silencio. Volví a tocar. A esperar. A tocar. Escuché los pasadores de la puerta y un coreano mayor que John se asomó, me miró, y dijo: “John, no”. Lo dijo enojado, frunciendo el ceño, pero sin mirarme a los ojos, y volvió a encerrarse en la casa. Me di cuenta de que no me sentía bien. Algo estaba mal, en mí, como en los viejos tiempos. Grité “John” una vez, otra. Un coreano que pasaba por la vereda de enfrente se paró a ver. Volví a tocar el timbre, a gritar su nombre al portero. Yo solo quería hablar con

John. Porque John era mi amigo. Porque las *brechas* no tenían nada que ver con nosotros. Porque nosotros éramos dos, John y yo, y eso es tener un amigo. Toqué de nuevo el timbre, el metal clavándose en mi dedo, muy adentro de tanto apretar. El coreano de enfrente dijo algo en su idioma. No sé qué, creo que quería explicarme alguna cosa. Y yo otra vez “John, John” muy fuerte, como si algo terrible estuviera pasándole. El coreano se acercó, hizo un gesto con la mano, para que me calmara. Solté el timbre para cambiar de dedo y seguí gritando. Se escuchó una persiana caer en otra casa. Sentí que me faltaba el aire. Que me faltaba algo. Entonces, el coreano me tocó el hombro. Sus dedos en mi camisa. Y fue un dolor enorme: la brecha cultural. Mi cuerpo empezó a hervir, sentí que perdía el control, que ya no entendía las cosas —como otras tantas veces—, que ya de nada serviría mirar con atención un rato. Me di vuelta bruscamente y el cuadro cayó boca abajo sobre la vereda. Agarré al coreano de los pelos. El coreano pequeño, flaco y metido. El coreano de mierda que se levantó a las cinco de la mañana durante quince años para afianzar la brecha dieciocho horas por día. Lo sostuve de los pelos tan fuerte que me clavé las uñas en la palma de la mano. Y esa fue la tercera vez que estrellé la cabeza de alguien contra el asfalto.

Cuando me preguntan si *abrirle la cabeza al coreano sobre el reverso de mi tapiz esconde una intención estética* miro hacia arriba y hago como que pienso. Eso es algo que aprendí de ver a otros artistas que hablan en televisión. No es que no entienda bien la pregunta, es que realmente ya no me interesa para nada. Tengo problemas legales, porque no sé diferenciar a los coreanos de los japoneses, ni de los chinos, y cada vez que veo uno así lo agarro de los pelos y empiezo a darle la cabeza contra el asfalto. Aníbal consiguió un buen abogado, que alega *insania*, que es que estás loco y eso es mucho mejor ante la ley. La gente dice que soy un racista, un hombre *descomunamente malo*, pero mis cuadros se venden por millones y yo empiezo a pensar en eso que siempre decía mi mamá, eso de que el mundo lo que tiene es una gran crisis de amor, y de que, al fin y al cabo, no son buenos tiempos para la gente muy sensible.

## Perdiendo velocidad

Tego se hizo unos huevos revueltos, pero cuando finalmente se sentó a la mesa y miró el plato, descubrió que era incapaz de comérselos.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Tardó en sacar la vista de los huevos.

—Estoy preocupado —dijo—, creo que estoy perdiendo velocidad.

Movió el brazo a un lado y al otro, de una forma lenta y exasperante, supongo que a propósito, y se quedó mirándome, como esperando mi veredicto.

—No tengo la menor idea de qué estás hablando —dije—, todavía estoy demasiado dormido.

—¿No viste lo que tardo en atender el teléfono? En ir hasta la puerta, en tomar un vaso de agua, en cepillarme los dientes... Es un calvario.

Hubo un tiempo en que Tego volaba a cuarenta kilómetros por hora. El circo era el cielo; yo arrastraba el cañón hasta el centro de la pista. Las luces ocultaban al público, pero escuchábamos el clamor.

Las cortinas aterciopeladas se abrían y Tego aparecía con su casco plateado. Levantaba los brazos para recibir los aplausos. Su traje rojo brillaba sobre la arena. Yo me encargaba de la pólvora mientras él trepaba y metía su cuerpo delgado en el cañón. Los tambores de la orquesta pedían silencio y todo quedaba en mis manos. Lo único que se escuchaba entonces eran los paquetes de pochoclo y algunos nerviosa. Sacaba de mi bolsillo los fósforos, que llevaba en una caja de plata que todavía conservo. Una caja pequeña pero tan brillante que podía verse desde el último escalón de las gradas. La abría, sacaba un fósforo y lo apoyaba en la lija de la base de la caja. En ese momento todas las miradas estaban en mí. Con un movimiento rápido surgía el fuego. Encendía la mecha. El sonido de las chispas se expandía hacia todos lados. Yo daba algunos pasos actorales hacia atrás, dando a entender que algo terrible pasaría —el público atento a la mecha que se consumía—, y de pronto: Bum. Y Tego, una flecha roja y brillante, salía disparado a toda velocidad.

Tego hizo a un lado los huevos y se levantó con esfuerzo de la silla. Estaba gordo, y estaba viejo. Respiraba con un ronquido pesado, porque la columna le apretaba no sé qué cosa de los pulmones, y se movía por la cocina usando las sillas y la mesada para ayudarse, parando a cada rato para descansar, o para pensar. A veces simplemente suspiraba y seguía. Caminó en silencio hasta el umbral de la cocina y se detuvo.

—Yo sí creo que estoy perdiendo velocidad —dijo. Miró los huevos.

—Creo que estoy por morirme.

Arrimé el plato a mi lado de la mesa, nomás para hacerlo rabiar.

—Eso pasa cuando uno deja de hacer bien lo que uno mejor sabe hacer —dijo—. Eso estuve pensando, que uno se muere.

Probé los huevos pero ya estaban fríos. Fue la última conversación que tuvimos, después de eso dio tres pasos torpes hacia el living, y cayó muerto en el piso.

Una periodista de un diario local viene a entrevistarme unos días después. Le firmo una fotografía para la nota, en la que estamos con Tego junto al cañón, él con el casco y su traje rojo, yo de azul, con la caja de fósforos en la mano. La chica queda encantada. Quiere saber más sobre Tego, me pregunta si hay algo especial que yo quiera decir sobre su muerte. Ya no tengo ganas de seguir hablando de eso y no se me ocurre nada. Como no se va, le ofrezco algo de tomar.

—¿Café? —pregunto.

—¡Claro! —dice ella. Parece estar dispuesta a escucharme una eternidad. Pero raspo un fósforo contra mi caja de plata, para encender el fuego, varias veces, y nada sucede.

## En la estepa

No es fácil la vida en la estepa, cualquier sitio se encuentra a horas de distancia, y no hay otra cosa más para ver que esta gran mata de arbustos secos. Nuestra casa está a varios kilómetros del pueblo, pero está bien: es cómoda y tiene todo lo que necesitamos. Pol va al pueblo tres veces por semana, envía a las revistas de agro sus notas sobre insectos e insecticidas y hace las compras siguiendo las listas que preparo. En esas horas en las que él no está, llevo adelante una serie de actividades que prefiero hacer sola. Creo que a Pol no le gustaría saber sobre eso, pero cuando uno está desesperado, cuando se ha llegado al límite, como nosotros, entonces las soluciones más simples, las velas, los inciensos y cualquier consejo de revista parecen opciones razonables.

Hay muchas recetas para la fertilidad, y no todas son confiables, así que apuesto a las más verosímiles y sigo rigurosamente sus métodos. Anoto en el



cuaderno cualquier detalle pertinente, pequeños cambios en Pol o en mí.

Oscurece tarde en la estepa, lo que no nos deja demasiado tiempo. Hay que tener todo preparado: las linternas, las redes. Pol limpia las cosas mientras espera a que se haga la hora. Eso de sacarles el polvo para ensuciarlas un segundo después le da cierta ritualidad al asunto, como si antes de empezar uno ya estuviera pensando en la forma de hacerlo cada vez mejor, revisando atentamente los últimos días para encontrar cualquier detalle que pueda corregirse, que nos lleve a ellos, o al menos a uno: el nuestro.

Cuando estamos listos Pol me pasa la campera y la bufanda, yo lo ayudo a ponerse los guantes y cada uno se cuelga su mochila al hombro. Salimos por la puerta trasera y caminamos campo adentro. Aunque la noche es fría, el viento se calma. Pol va adelante, ilumina el suelo con la linterna. Más adentro el campo se hunde un poco en largas lomas; avanzamos hacia ellas. En esa zona los arbustos son pequeños, apenas alcanzan a ocultar nuestros cuerpos y Pol cree que esa es una de las razones por las que el plan fracasa cada noche. Insistimos porque van varias veces que nos pareció ver algunos, al amanecer, cuando ya estamos cansados. Para esas horas yo casi siempre me escondo detrás de algún arbusto, aferrada a mi red, y cabeceo y sueño con cosas que me parecen fértiles. Pol en cambio se convierte en una especie de animal de caza. Lo veo alejarse,

agazapado entre las plantas. Puede permanecer de cuclillas, inmóvil, durante mucho tiempo.

Siempre me pregunté cómo serán realmente. Algunas veces conversamos sobre esto. Creo que son iguales a los de la ciudad, solo que más rústicos, más salvajes. Para Pol, en cambio, son definitivamente diferentes. Él también está entusiasmado, y no pasa una noche en la que ni el frío ni el cansancio lo persuadan de dejar la búsqueda para el día siguiente. Pero cuando estamos entre los arbustos se mueve con cierto recelo, como si de un momento a otro algún animal salvaje pudiera atacarlo.

Ahora estoy sola, mirando la ruta desde la cocina. Esta mañana nos levantamos tarde y almorzamos. Después Pol fue al pueblo con la lista de las compras y los artículos para la revista. Pero es tarde, hace tiempo que debió haber vuelto, y todavía no aparece. Entonces veo la camioneta. Llegando a la casa me hace señas por la ventanilla para que salga. Lo ayudo con las cosas, él me saluda y dice:

—No lo vas a creer.

—¿Qué?

Pol sonríe. Cargamos las bolsas hasta la entrada y nos sentamos en los sillones.

—Bueno —dice Pol; se frota las manos—, conocí a una pareja, son geniales.

—¿Dónde?

Pregunto solo para que siga hablando y entonces dice algo maravilloso, algo que nunca se me hubiera ocurrido y sin embargo entiendo que lo cambiará todo.

—Vinieron por lo mismo —dice. Le brillan los ojos y sabe que estoy desesperada por que continúe—, y tienen uno, desde hará un mes.

—¿Tienen uno? ¡Tienen uno!, no lo puedo creer...

Pol no deja de asentir y frotarse las manos.

—Estamos invitados a cenar. Hoy mismo.

Me alegra verlo feliz y yo también estoy tan feliz que es como si nosotros también lo hubiéramos logrado. Nos abrazamos y nos besamos, y enseguida empezamos a prepararnos.

Cocino un postre y Pol elige un vino y sus mejores puros. Mientras nos bañamos y nos vestimos me cuenta todo lo que sabe. Arnol y Nabel viven a unos veinte kilómetros de acá, en una casa muy parecida a la nuestra. Pol la vio porque regresaron juntos, en caravana, hasta que Arnol tocó la bocina para avisar que doblaban y Nabel le señaló la casa. Son geniales, dice Pol a cada rato y yo siento cierta envidia de que ya sepa tanto sobre ellos.

—¿Y cómo es? ¿Lo viste?

—Lo dejan en la casa.

—¿Cómo que lo dejan en la casa? ¿Solo?

Pol levanta los hombros. Me extraña que el

asunto no le llame la atención, pero le pido más detalles mientras sigo adelante con los preparativos.

Cerramos la casa como si no fuéramos a volver durante un tiempo. Nos abrigamos y salimos. Durante el viaje llevo el pastel de manzana sobre la falda, cuidando que no se incline, y pienso en las cosas que voy a decir, en todo lo que quiero preguntarle a Nabel. Si Pol invita a Arnol con un puro podrían dejarnos solas, y yo tendría la oportunidad de hablar con ella sobre cosas más privadas. Quizá Nabel también haya usado velas y soñado con cosas fértiles a cada rato y ahora que lo consiguieron puedan decirnos exactamente qué hacer.

Al llegar tocamos bocina y enseguida salen a recibirnos. Arnol es un tipo grandote y lleva jeans y una camisa roja a cuadros; saluda a Pol con un fuerte abrazo, como un viejo amigo al que no ve hace tiempo. Nabel se asoma tras Arnol y me sonríe. Creo que vamos a llevarnos bien. También es grandota, a la medida de Arnol pero delgada, y vestida al mismo estilo; me incomoda haber venido más elegante. Por dentro la casa me recuerda a una vieja hostería de montaña. Paredes y techo de madera, una gran chimenea en el living y pieles sobre el piso y los sillones. Está bien iluminada y calefaccionada. Realmente no es el modo en que decoraría mi casa, aunque pienso en que se está bien y le devuelvo a Nabel su sonrisa. Hay un exquisito olor a salsa y carne asada. Parece que Arnol es el cocinero, se mueve por la cocina

acomodando algunas fuentes sucias y le dice a Nabel que nos invite al living. Nos sentamos en el sillón. Ella sirve vino, trae una bandeja con una picada y enseguida Arnol se suma. Quiero preguntar cosas: cómo lo agarraron, cómo es, cómo se llama, si come bien, si ya lo vio un médico, si es tan bonito como los de la ciudad. Pero la conversación se alarga en puntos tontos. Arnol consulta a Pol sobre los insecticidas, Pol se interesa en los negocios de Arnol, después hablan de las camionetas, los sitios donde hacen las compras, descubren que discutieron con el mismo hombre, uno que atiende en la estación de servicio, y coinciden en que es un pésimo tipo. Después Arnol se disculpa porque debe revisar la comida, Pol se ofrece a ayudarlo y se alejan. Me acomodo en el sillón frente a Nabel. Sé que debo decir algo amable antes de preguntar lo que quiero. La felicito por la casa, y enseguida pregunto:

—¿Es lindo?

Ella se sonroja y sonríe. Me mira como avergonzada y yo siento un nudo en el estómago y me muero de la felicidad y pienso “lo tienen”, “lo tienen y es hermoso”.

—Quiero verlo —digo. “Quiero verlo ya”, pienso, y me incorporo. Miro hacia el pasillo esperando a que Nabel diga “por acá”, al fin voy a poder verlo, alzarlo.

Entonces Arnol regresa con la comida y nos invita a la mesa.

—¿Es que duerme todo el día? —pregunto y me río, como si fuera un chiste.

—Ana está ansiosa por conocerlo —dice Pol, y me acaricia el pelo.

Arnol se ríe, en vez de contestar ubica la fuente en la mesa y pregunta a quién le gusta la carne roja y a quién más cocida, y enseguida estamos comiendo de nuevo. En la cena Nabel es más comunicativa. Mientras ellos conversan nosotras descubrimos que tenemos vidas similares. Nabel me pide consejos sobre las plantas y así yo me animo y hablo sobre las recetas para la fertilidad. Lo traigo a cuenta como algo gracioso, una ocurrencia, pero Nabel enseguida se interesa y descubro que ella también las practicó.

—¿Y las salidas? ¿Las cacerías nocturnas? —digo riéndome—. ¿Los guantes, las mochilas? —Nabel se queda un segundo en silencio, sorprendida, y después se echa a reír conmigo.

—¡Y las linternas —dice ella y se agarra la panza—, con esas pilas que no duran nada!

Y yo, casi llorando:

—¡Y las redes! ¡La red de Pol!

—¡Y la de Arnol! —dice ella—. ¡No puedo explicarte!

Ellos dejan de hablar: Arnol mira a Nabel, parece sorprendido. Ella no se ha dado cuenta todavía: se dobla en un ataque de risa, golpea la mesa dos veces con la palma de la mano; trata de decir algo

más pero apenas puede respirar. La miro divertida, lo miro a Pol, quiero comprobar que también la está pasando bien, y entonces Nabel toma aire y llorando de risa dice:

—Y la escopeta —vuelve a golpear la mesa—, ¡por Dios, Arnol! ¡Si solo dejaras de disparar! Lo hubiéramos encontrado mucho más rápido...

Arnol mira a Nabel, de pronto parece furioso y larga una risa falsa, exagerada. Pol ya no se ríe. Arnol levanta los hombros resignado, buscando en Pol algo de complicidad. Después hace el gesto de apuntar con una escopeta y dispara. Nabel lo imita. Lo hacen una vez más apuntándose uno al otro, un poco más calmados, hasta que dejan de reír.

—Ay... Por favor... —dice Arnol y acerca la fuente para ofrecer más carne—, por fin gente con quien compartir toda esta cosa... ¿Alguien quiere más?

—Bueno, ¿y dónde está? Queremos verlo —dice al fin Pol.

—Ya van a verlo —dice Arnol.

—Duerme muchísimo —dice Nabel.

—Todo el día.

—¡Lo vemos dormido! —dice Pol.

—Ah, no, no —dice Arnol—, primero el postre que cocinó Ana, después un buen café, y acá mi Nabel preparó algunos juegos de mesa. ¿Te gustan los juegos de estrategia, Pol?

—Pero nos encantaría verlo dormido.

—No —dice Arnol—. Digo, no tiene ningún sentido verlo así. Para eso pueden verlo cualquier otro día.

Pol me mira un segundo, después dice:

—Bueno, el postre entonces.

Ayudo a Nabel a levantar las cosas. Saco el pastel que Arnol había acomodado en la heladera, lo llevo a la mesa y lo preparo para servir. Mientras, en la cocina, Nabel se ocupa del café.

—¿El baño? —dice Pol.

—Ah, el baño... —dice Arnol y se vuelve hacia la cocina, quizá buscando a Nabel—, es que no funciona bien y...

Pol hace un gesto para restarle importancia al asunto.

—¿Dónde está?

Quizá sin quererlo, Arnol mira hacia el pasillo. Entonces Pol se levanta y empieza a caminar, Arnol también se levanta.

—Te acompaño.

—Está bien, no hace falta —dice Pol ya entrando al pasillo.

Arnol lo sigue algunos pasos.

—A tu derecha —dice—, el baño es el de la derecha.

Sigo a Pol con la mirada hasta que finalmente entra al baño. Arnol se queda unos segundos de espaldas a mí, mira hacia el pasillo.

—Arnol —digo, es la primera vez que lo llamo por su nombre—, ¿te sirvo?

—Claro —dice él, me mira un momento y se da vuelta de nuevo hacia el pasillo.

—Servido —digo, y empujo el primer plato hasta su sitio—, no te preocupes, va a tardar.

Sonríó para él, pero no responde. Regresa a la mesa. Se sienta en su lugar, de espaldas al pasillo. Parece incómodo, al fin corta con el tenedor una porción enorme de su postre y se la lleva a la boca. Lo miro sorprendida y sigo sirviendo. Desde la cocina Nabel pregunta cómo nos gusta el café. Estoy por contestar cuando veo a Pol salir silenciosamente del baño y cruzarse a la otra habitación. Arnol me mira esperando una respuesta. Digo que nos encanta el café, que nos gusta de cualquier forma. La luz del cuarto se enciende y escucho un ruido sordo, como algo pesado sobre una alfombra. Arnol va a volverse hacia el pasillo así que lo llamo:

—Arnol —me mira, pero empieza a incorporarse.

Escucho otro ruido, enseguida Pol grita y algo cae al piso, una silla quizá; un mueble pesado que se mueve y después cosas que se rompen. Arnol corre hacia el pasillo y toma el rifle que está colgado en la pared. Me levanto para correr tras él, Pol sale del cuarto de espaldas, sin dejar de mirar hacia adentro. Arnol va directo hacia él y Pol reacciona, lo golpea para quitarle el rifle, lo empuja hacia un lado y corre hacia mí. Aunque no alcanzo a entender qué pasa dejo que me tome del brazo y salimos. Escu-

cho el chillido de las bisagras de la puerta que va cerrándose lentamente detrás de nosotros, después el golpe que vuelve a abrirla. Nabel grita. Pol sube a la camioneta y la enciende, yo subo por mi lado. Salimos marcha atrás y por unos segundos las luces iluminan a Arnol que corre hacia nosotros.

Ya en la ruta andamos un rato en silencio, tratando de calmarnos. Pol tiene la camisa rota, casi perdió por completo la manga derecha y en el brazo le sangran algunos rasguños profundos. Pronto nos acercamos a nuestra casa a toda velocidad y a toda velocidad nos alejamos. Toco su hombro pensando en detenerlo, pero él respira agitado; las manos tensas aferradas al volante. Mira hacia los lados el campo negro, y hacia atrás por el espejo retrovisor. Deberíamos bajar la velocidad. Podríamos matarnos si un animal llegara a cruzarse. Entonces pienso que también podría cruzarse uno de ellos: el nuestro. Pero Pol acelera aún más, como si desde el terror de sus ojos perdidos contara con esa posibilidad.

## Índice

Irman .....	7
Mariposas .....	19
Conservas.....	23
El cavador .....	35
Papá Noel duerme en casa .....	43
Pájaros en la boca .....	51
Última vuelta .....	67
El hombre sirena .....	71
La furia de las pestes .....	79
La medida de las cosas .....	85
Mi hermano Walter.....	95
Bajo tierra .....	101
Cabezas contra el asfalto .....	109
Perdiendo velocidad .....	125
En la estepa .....	129